
¡LUZ SÓLIDA!
GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

Exhalando un suspiro de nostalgia, Miguel Ángel Aznar cerró el libro y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón entornando ensoñadoramente los ojos. Con movimiento maquinal, sus largos y ágiles dedos acariciaron los caracteres dorados impresos en la cubierta de piel.

Aquel libro, "Viajes de los Aznares", era para Miguel Ángel una especie de Alcorán, algo así como una Sagrada Biblia particular, a la cual acudía frecuentemente lo mismo si se trataba de distraer sus ocios, que de hallar fortaleza para su deprimido espíritu.

En aquel grueso tomo estaban compilados, fecha por fecha empezando por el primer Aznar ilustre, todos los viajes, conquistas y hazañas de una familia de aventureros, hombres intrépidos y valientes que, de una generación a otra, fueron ensanchando los dominios del Hombre en el Espacio defendiendo a su pueblo de las múltiples acechanzas cósmicas disputando a otras razas la supremacía de los mundos habitados y llevando la cultura, la lengua y la civilización cristiana hasta los más remotos mundos del Universo, ganando a la par lauros e imperecedera gloria.

Mil veces, desde que siendo niño pudo sostener el voluminoso tomo sobre sus rodillas, se había inclinado Miguel Ángel sobre las páginas de aquel libro sumergiéndose en la lejanía de los tiempos pasados para acompañar con la fantasía a los legendarios abuelos de aventura en aventura.

Impresionada su sensible imaginación de niño por la lectura de estas gestas históricas, el carácter del último Miguel Ángel Aznar se había formado de distinta manera al de los demás jóvenes de su generación.

Soñador e inquieto, el espíritu de Miguel Ángel se debatía impotente en un mundo donde no quedaba sitio para la imaginación, donde todo estaba hecho y nadie deseaba hacer nada más.

En este mundo superadelantado que era el de la generación de Miguel Ángel, el hombre vegetaba en la molicie y el ocio, rodeando de las complicadas y eficaces máquinas que le proveían de todo; desde alimentos, vestidos y calzado, hasta automóviles, aire acondicionado, aparatos de televisión y un millón de objetos más, sin los cuales el hombre actual se hubiera sentido pobre y desdichado.

Sin llegar a renegar del "superautomatísmo" que había eliminado la lucha de clases e hizo posible la felicidad del hombre, Miguel Ángel Aznar, consideraba que algunas máquinas menos, y unas cuantas dificultades que estimularan el ingenio humano, habrían hecho un

mundo mejor que el actual.

El hombre moderno era conformista, comodón e indolente, falto de curiosidad y de imaginación. Como una máquina más de las que a millares le rodeaban, desempeñaba sus funciones con cronométrica regularidad, lo mismo que hicieron sus padres y seguramente harían sus hijos.

La existencia no tenía dificultades para este mundo sin insectos dañinos, sin enfermedades, sin huracanes, sin carestías, ni sorpresas.

Mimado y regalado, este producto de una supercivilización era a la vez una criatura quisquillosa y regañona, a la cual sacaban de quicio las pequeñas y raras faltas de las máquinas si éstas alteraban con alguna ligera molestia o retraso el curso de su monótona existencia.

Este hombre moderno amaba la vida muelle en que se desenvolvía, se había acostumbrado a ella y no la hubiera cambiado por ninguna otra. Considerando que había alcanzado el máximo de comodidad posible se había convertido en un intransigente conservador. Y lo era también por conveniencia porque toda la idea progresista implicaba un esfuerzo, y él no quería molestarse en nuevas empresas reformadoras.

Quizá Miguel Ángel pensaba también así y fuera feliz, de no darse en él una circunstancia poco corriente. Miguel Ángel era hijo de un hombre que en edad, educación y temperamento, vivía 2.500 años retrasado con respecto a las actuales generaciones.

Nacido a bordo del autoplaneta "Valera" cuando éste viajaba en busca del remoto Imperio de Nahum, el padre de Miguel Ángel Aznar había vivido un siglo en el espacio mientras en la Tierra transcurrían 25 siglos. Por lo tanto, al llegar a la Tierra después de haber derrotado por dos veces consecutivas al imperio nahumita, el padre de Miguel Ángel era propiamente un hombre de ideas y procedimientos anticuados en medio de un mundo que había progresado incesantemente durante los 20 siglos que el autoplaneta "Valera" invirtió en su viaje de ida y vuelta a los planetas nahumitas.

Este hombre legendario, cuyas aventuras en la galaxia nahumita llenaban muchas páginas de la historia de la familia, había de ejercer forzosamente una gran influencia en la educación de su hijo. Miguel Ángel se consideraba así mismo como una continuación de la personalidad de su padre, soñando desde niño en emular las hazañas de aquel hombre extraordinario.

Cuando finalmente comprendió que jamás llegaría a emular las proezas de su padre, Miguel Ángel se sintió desgraciado y fracasado.

A los 25 años su padre era ya Almirante Mayor y había aniquilado al poderoso Imperio de Nahum. A los 25 años, Miguel Ángel era un triste teniente de navío frente a un porvenir de perspectivas poco brillantes. La razón del fracaso de Miguel Ángel era una y bien

sencilla; no había nacido en el momento apropiado para realizar hazañas.

El mundo actual cruzaba por un periodo de paz que, según todas las trazas, iba a prolongarse indefinidamente. Miguel Ángel, ciertamente, no deseaba ver su mundo invadido por la Bestia Gris u otro abominable enemigo cósmico. Pero ya que no una guerra en los propios planetas confederados (La Tierra, Marte y Venus) le hubiera gustado al menos encontrarse a bordo del autoplaneta "Valera", el cual había partido años antes que él naciera y todavía tardaría 1.300 años en avistar los planetas de Thorbod, patria de la abominable Bestia Gris. El destino -pensaba Miguel Ángel- habría sido muy distinto para él si su padre, en vez de quedarse en la Tierra, se hubiera embarcado en el fabuloso autoplaneta al frente del Cuerpo Expedicionario que se proponía terminar de una vez con los Hombres Grises, si acaso éstos no habían sido destruidos ya por los ejércitos nahumitas.

En este caso, Miguel Ángel habría nacido a bordo del autoplaneta "Valera" y, hasta en el caso de no haber lugar para una campaña contra la Bestia Gris, su espíritu aventurero se habría solazado con la visita a otros lejanos y exóticos mundos del Universo.

Nada de esto ocurrió, para desesperación suya. Había nacido en la Tierra en una Era de bochornosa tranquilidad, y ni siquiera le cabía la esperanza de vivir para cuando el formidable "Valera" estuviera de regreso. Porque cuando el autoplaneta rindiera viaje en la Tierra habrían transcurrido 25 siglos desde su marcha, y no quedaría siquiera cenizas de su cuerpo…

Un claxon bramó desapaciblemente arrancando a Miguel Ángel Aznar de sus melancólicas reflexiones para devolverle bruscamente a la árida realidad de su existencia. No era más que un capitán de fragata, se encontraba en el reducido aposento de un refugio subterráneo de una Base en Oberón, aterido satélite de Urano, y estaba sonando la señal de alarma. ¿Alarma en Oberón? ¡Qué cosa más extraña! Como si se tratase de un incendio…

Miguel Ángel tomó los "Viajes de los Aznares", depositó el libro sobre un velador próximo y se asomó al corredor. Otras puertas se abrían aquí y allá dejando asomar rostros soñolientos de hombres y mujeres en ropas de dormir. - ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? -se preguntaron unos a otros.

Y todos se volvieron a mirar a los altavoces del circuito perifónico profusamente instalados por toda la base subterránea.

El claxon dejó de sonar, siendo sustituido por una voz que gritaba. -¡Atención… atención! ¡Todas las tripulaciones en estado de reserva deberán presentarse inmediatamente a bordo de sus aparatos!

Y el claxon volvió a rugir desaforadamente, en tanto los oficiales se miraban unos a otros sorprendidos.

Aunque habían transcurrido 36 años desde el último ataque de la Bestia Gris y no existían razones para temer una nueva invasión de este o cualquier otro enemigo cósmico, la Armada Sideral de los planetas terrícolas confederados se mantenía en un constante estado de alerta en previsión a cualquier sorpresa procedente de algún punto remoto del Espacio.

En los momentos actuales Miguel Ángel Aznar no pertenecía a la dotación de ningún buque sideral. El Almirante Bandini, gran amigo de su padre, le habían adscrito recientemente a su Plana Mayor de la IV Flota. Así, aunque no estaba incluido entre los oficiales en estado de reserva que debían presentarse inmediatamente a bordo de sus buques, Miguel, Ángel consideró que debía acudir junto al Almirante por si éste le necesitaba.

Miguel Ángel no tardó más de unos segundos en volver a su aposento para recoger la casaca, echar a correr por el pasillo y entrar en un montacargas al mismo tiempo que un grupo de agitados oficiales a medio vestir.

- Yo sé a qué se debe todo esto -aseguró con suficiencia un capitán de navío abrochándose la botonadura de su guerrera. - ¿A qué? -preguntó una hermosa rubia que ostentaba las insignias de capitán de corbeta.

- Es una falsa alarma provocada por el almirante para comprobar "el alto grado de instrucción de las dotaciones de la Cuarta Flota" y será el tercer ejercicio desde que Bandini asumió el mando de esta flota. El viejo nos ha resultado todo un hueso.

Otro capitán de navío que se encontraba en el ascensor dio con el codo al primero y le señaló con los ojos a Miguel Ángel. Aunque había visto la seña, Miguel Ángel se hizo el distraído. Personalmente tenía al Almirante Baldini por un gran hombre, un militar de cuerpo entero, de aquella vieja escuela que resucitó durante el mandato del, "Superalmirante" Aznar y no llevaba visos de prolongarse en las actuales promociones de la Armada Sideral.

- Oye, tú -dijo el capitán de navío tocando a Miguel Ángel en el hombro-. Te advierto que me da un higo si le vas a Bandini con el cuento.

El joven enrojeció de indignación. No obstante, en atención al rango superior del capitán, se limitó a contestar:

- No sé a qué se refiere, señor. -¡Miren qué cara de inocente! "No sé a qué se refiere, señor"-exclamó el capitán remedando a Miguel Ángel-. Como si no le conociéramos. Tú eres de la misma clase que Bandini, amigo. Peor todavía, pues mientras que Bandini aprendió a ser rígido a las órdenes de tu padre, tú has mamado esa disciplina por la cual te pereces. Bandini, al fin y al cabo, no es más que Bandini: Tú eres un Aznar de pura cepa.

Miguel Ángel aguardó el resto, lo que inevitablemente habría de seguir a esta acusación.

Después de 40 años, el mundo no podía olvidar que el padre de Miguel Ángel, al regresar victorioso de Nahum y derrotar al absurdo Imperio de los Balmer, se erigió a sí mismo en rector supremo de los destinos de la nación terrícola imponiéndole un esfuerzo bélico que gozó de la más acerba impopularidad.

Y aunque la Bestia Gris llegó poco después y el mundo se salvó gracias a la política de armamentos impuesta por el "Superalmirante" Aznar, aquellos que le debían agradecimiento no le perdonaron jamás. No le perdonaron, simplemente, porque para reconocer la labor del "Superalmirante" habían de admitir la justicia de sus métodos y la ceguera y estupidez propia, lo cual era sin duda más de lo que la criatura humana podía otorgar.

Por lo demás, el mundo seguía mirando con recelo a las Fuerzas Armadas, instrumento una vez para que los Balmer impusieran su humillante Imperio, y luego para que los Aznar desterraran una tradición militar caída en desuso. Lo elegante, lo "democrático", era abominar de la disciplina militar y los rangos impuestos por ésta. Y esto ocurría incluso en el propio seno de la Armada Sideral.

Afortunadamente para todos, el montacargas se detuvo y abrió automáticamente sus puertas antes que el capitán de navío tuviera tiempo de añadir nada más. Los ocupantes de la cabina se lanzaron fuera en tropel. - ¡Adiós, amigo! Espero que el ejercicio salga a vuestro gusto! -gritó el capitán lanzándose al asalto de un pequeño automóvil eléctrico que le conduciría hasta su gigantesco acorazado.

Miguel Ángel abandonó también el montacargas para tomar otro ascensor más pequeño, el cual le condujo hasta el piso donde estaba enclavado el puesto de mando de la Base. El pequeño incidente con el capitán lo había olvidado en seguida. Le preocupaba aquel toque de alarma. Porque, al menos que él supiera, no se había previsto ningún simulacro de ataque a la Base para aquel día.

Al entrar en las oficinas se tropezó con un compañero de la Plana Mayor, al cual preguntó: - ¿Qué ocurre? ¿A qué se debe la alarma?

- El Almirante está ahí dentro -contestó el oficial sin detenerse.

Miguel Ángel entró en una espaciosa sala de forma semicircular, parcialmente obscurecida.

En la pared, formando semicírculo, se veían hasta una docena de grandes pantallas de proyección, la mayor parte de las cuales estaban animadas por escenas en color que los tomavistas remitían allí desde diversas dependencias de la Base.

El Almirante Bandini se encontraba con algunos jefes de pie en medio de esta sala, dominando todas las pantallas de proyección. Pero su atención se centraba solamente en una.

Esta enmarcaba la imagen de un extraño artefacto que, a juzgar por la rapidez con que desfilaban los accidentes del polvoriento suelo de Oberón, debía estar volando a tremenda velocidad a poca altura sobre la superficie del satélite.

El aparato desconocido, cuyas formas recordaban las de la letra "Omega" con una esfera aplastada en medio, volvía rápidamente la popa a los observadores y se empequeñecía en la distancia, señal evidente de que se alejaba de la cámara que le había seguido a su paso en vuelo rasante sobre la Base. Unos segundos más tarde, la herradura volante desaparecía tras el combado horizonte del satélite dejando en el negro espacio dos trazos paralelos de luz amarilla que empezaron a disiparse con lentitud. -¿Lo han visto ustedes? -exclamó Bandini volviéndose hacia sus ayudantes- No se trata de platillos volantes como aseguró la primera información.

- Bueno -refunfuñó el Vicealmirante Renglan- "Platillos" o "herraduras" volantes, lo mismo da. Sabemos que esos aparatos no son nuestros, y tampoco redentores. Podrían ser nahumitas pero yo insisto en que son aparatos thorbod. -¡Aparatos thorbod! -exclamó Miguel Ángel.

Y todos se volvieron a mirarle, siendo ésta la primera vez que el Almirante Bandini reparó en él. - ¡Ah! -dijo- ¿Ya está usted aquí? Bien. Coja ese teléfono y ordene al servicio de observación que estén preparados para tomar una película de esos aparatos si vuelven a presentarse.

Excitado ante la posibilidad de que la Bestia Gris hubiera regresado de las remotas lejanías donde se le suponía aniquilada por las Fuerzas Armadas nahumitas, Miguel Ángel levantó uno de los teléfonos y marcó un número. Mientras esperaba con el auricular al oído el Almirante hizo una seña a uno de los hombres que estaban detrás de él, sentados ante un largo banco lleno de instrumentos.

- Una pantalla por el puesto de observación Número Uno.

El puesto Número Uno de observación consistía en una cúpula de cristal emplazada en la cima de una montaña de 3.000 metros de elevación situada sobre el refugio subterráneo. Una cámara de televisión con objetivo telescópico emplazada en esta cúpula y movida por control remoto desde el Puesto de Mando, transmitía a una pantalla, una amplia panorámica del cráter o "circo" en cuyo fondo descansaban, impecablemente alineados, 25.000 buques pertenecientes a la IV Flota Sideral.

Respondiendo a la seña del Almirante, el operador movió una palanquita sobre su tablero de mandos. En la pantalla apareció una sección del enorme cráter con sus interminables filas de gigantescos acorazados, cruceros y destructores siderales.

Una nube de pequeños y veloces cochecillos eléctricos corría por

entre la formación llevando a las tripulaciones ya equipadas con traje de vacío y escafandra climatizada que iban en busca de sus aparatos.

- Atención la defensa antiaérea -dijo Bandini con voz fuerte- Estén preparados para abrir fuego contra cualquier aparato que no responda a las interrogaciones de identificación electrónica.

En este momento Miguel Ángel obtuvo respuesta a su llamada telefónica.

- Aquí. Puesto de Mando. El Almirante quiere que se obtenga una película de ese aparato desconocido, si vuelve a presentarse -dijo.

- Si el Almirante está ahí dígale que se ponga al aparato -contestó una voz excitada.

Miguel Ángel tendió el aparato al Almirante.

- Del centro de Observación. Desean hablar con usted.

Bandini tomó el aparato. -¡Diga! -gritó acercando el auricular a su oído.

Miguel Ángel escuchó la gangosa voz que salía del teléfono, pero no pudo entender una palabra. -¿Cómo? -gritó Bandini sobresaltándose. Y pegó más el auricular al oído, escuchando unos instantes con el ceño fruncido. -¿Están seguros? ¿Cuántos son...? ¡Más de diez mil! ¿Ha dicho? -Bandini se detuvo con la respiración en suspenso. Luego murmuró-. ¡Válgame el cielo! No dejen de interrogar por radio... prueben en todas las longitudes de onda hasta obtener respuesta.

Bandini colgó el teléfono y se volvió pálido hacia el grupo de ayudantes que le miraban en silencio.

- Raglan -dijo roncamente-. Lance la llamada de alarma general para toda la Flota. Una gran escuadra de autoplanetas cruzó la órbita de Neptuno y se dirige hacia aquí.

Estas palabras, cayendo en mitad de un silencio sepulcral, dejó paralizados por un instante a todos cuántos se encontraban en el Puesto de Mando. -¿Cree... cree que pueda tratarse de una flota thorbod? -murmuró Raglan empalideciendo a su vez.

- Todavía se encuentra lejos -contestó Bandini evasivamente-. Tenemos tiempo para tomar precauciones, pero no podemos desperdiciarlo. Capitán Darío -dijo volviéndose hacia uno de los oficiales-. Expida a la Tierra este despacho:

"Importante flota de autoplanetas no identificados se dirige al centro de nuestro sistema planetario pasando por la proximidad de Urano.

Salgo con el grueso de la Flota para interceptar e interrogar.

Dispongan refuerzos. Mandaré nuevas noticias tan pronto sea posible".

Mientras tanto las señales de alarma sonaban en toda la Base. El vicealmirante Raglan empuñó un micrófono y gritó: -¡Atención... atención! Una numerosa flota de autoplanetas desconocidos acaba de

ser avistada dirigiéndose hacia Urano. Todas las tripulaciones deberán presentarse a bordo de sus buques en la máxima brevedad.

- Nosotros saldremos también a interceptar esa flota -dijo Bandini-. Raglan, usted permanecerá aquí al cuidado de la Base y esperará noticias mías por si hay que transmitirlas rápidamente a la Tierra.

Un altavoz gritó: -¡Centro de observación a Puesto de Mando! Escuadrilla de aparatos no identificados se aproxima a la Base. Atención a la pantalla número cuatro.

Una corriente electrizada pasó a través de la sala subterránea Hasta los operadores que estaban de espaldas a las pantallas se volvieron expectante.

En la pantalla número cuatro, la cámara estaba guando y la cordillera de afilados picachos que cerraba el cráter desfilaba por ella como en un noticiario. De pronto, el paisaje se inmovilizó. Muy baja sobre los bordes del cráter, apareció una línea de pequeños puntos brillantes que se acercaban con rapidez.

Los ojos de Miguel Ángel saltaron a la pantalla conectada al puesto de observación número uno.

Salpicando las laderas de la montaña había unas pequeñas cúpulas metálicas de color gris, prácticamente invisibles, que eran otras tantas casamatas giratorias de ametralladoras, que se apuntaban automáticamente por medio de un "ojo" electrónico. Estas dispararon tan pronto los aparatos desconocidos cayeron bajo su "vista", disparando proyectiles como mangueras lanzando un chorro de acero.

Estos proyectiles eran de un tipo especial. De muy pequeño calibre mientras estaban en el ánima de los cañones, se hinchaban prodigiosamente al abandonar éstos, transformándose en torpedos aéreos de seis metros de longitud que, inmediatamente, se ponían en acción dirigiéndose contra el blanco por sus propios medios.

Un breve chisporroteo azul acompañaba la metamorfosis de estos torpedos, construidos grandes para ser empequeñecidos luego y que recobraran su tamaño natural al ser disparados como balas, y todo el negro espacio por encima del inmenso cráter, se llenó de pronto de este silencioso chisporroteo de proyectiles en ruta hacia los aparatos desconocidos.

Los ojos de Miguel Ángel Aznar saltaron rápidamente de la segunda a la primera pantalla. El fatal encuentro entre los torpedos aéreos y los "Omega" o "herraduras volantes", tuvo lugar a unos mil metros de altura.

Los "Omega", unos cincuenta en total, no tuvieron tiempo de eludir el encontronazo con el enjambre de torpedos. En él último segundo, sin embargo, cada "Omega", puso en juego un haz de finos rayos luminosos que, al menos así se lo pareció a Miguel Ángel, provocaron la explosión de cierto número de torpedos antes que estos llegaran al

blanco.

El joven no hubiera podido jurarlo, porque el mismo fogonazo deslumbrador de las primeras explosiones ocultó todo lo demás.

La hoguera atómica ardió silenciosamente durante un par de segundos. Al apagarse, los deslumbrados ojos de los observadores, creyeron ver algunos restos precipitándose lentamente al suelo gris y polvoriento de Oberón. - ¡Vaya! -exclamó el, vicealmirante Raglan con evidente alivio- Las herraduras volantes no pudieron con nuestros torpedos. Trabajo van a tener los del servicio de Información, para juntar los pedazos de sus tripulantes y tratar de identificarlos.

- Puede que no fueran tripulados por personas -dijo el almirante Bandini con el ceño fruncido-. Así, a simple vista, no se puede apreciar, Pero a mí me han parecido muy pequeños. Contando el espacio que necesariamente han de ocupar los motores, apenas si debe quedar en ellos lugar para un hombre. Quizá fuera por eso que no se defendieron ni trataron de eludir el encuentro con nuestros torpedos.

- Perdone, señor -dijo Miguel Ángel-, Es posible que esos aparatos trataran de defenderse. En el último instante, me pareció ver que lanzaban un haz de rayos que provocaron la explosión anticipada de algunos torpedos.

- Pues yo no los vi -dijo Raglan.

- Ni yo tampoco -apoyaron otros jefes de la Plana Mayor.

- Es posible que fueran figuraciones mías -dijo Miguel Ángel-. Sin embargo… -¡Bah, olvídelo! -gruñó Bandini-. No existe rayo capaz de romper la densa estructura molecular del material de que están hechos nuestros torpedos y nuestros buques siderales.

Nuestros más grandes sabios han buscado inútilmente ese rayo desintegrador durante siglos.

He dicho inútilmente y debo añadir "afortunadamente", ya que un rayo de esa naturaleza, destruiría virtualmente todo lo que llevamos hecho durante milenios en armamentos, dejando prácticamente inservibles todas nuestras armas construidas de "dedona".

- Señor -repuso Miguel Ángel-. El hecho de que nuestros científicos no hayan encontrado esos rayos, no excluye la posibilidad de que otros seres en otra parte del universo, los hayan descubierto y los utilicen contra nosotros.

El vicealmirante Raglan se echó a reír. Bandini, en cambio, se quedó mirando al joven con ceño fruncido.

- Bueno -dijo-. No podemos entretenernos más. Recoja esa película. La proyectaremos a bordo mientras salimos al encuentro de esos autoplanetas.

CAPITULO SEGUNDO

Dejando en Oberón una fuerza de cinco mil aparatos, el Almirante Bandini salió con el grueso de su Flota al encuentro de la flota de autoplanetas avistada por los potentes telescopios.

Veinte mil buques siderales eran una insignificancia si habían de enfrentarse con diez mil grandes autoplanetas. La intención del Almirante Bandini, sin embargo, no era ni mucho menos trabar combate con los autoplanetas.

- Daremos un rodeo para situarnos a su izquierda e insistiremos en nuestras llamadas por radio -dijo a sus vicealmirantes y contralmirantes, en una conmutación televisada-. Si no contestan o contestan atacando nos retiraremos hacia el interior del sistema, para unirnos a la Segunda Flota en Ganímedes.

En otro compartimiento del buque almirante, Miguel Ángel Aznar, hacía los preparativos para proyectar la película que había recogido del Centro de Observación minutos antes de abandonar la Base. Cuando lo tuvo todo preparado, y a fin de no molestar al Almirante por lo que pudo haber sido una pura ilusión óptica suya, proyectó la película para él solo.

En la pantalla empezó a desarrollarse con lentitud la misma escena que presenciara una hora antes en la sala subterránea del Puesto de Mando. Al empezar a desfilar lentamente el paisaje lunar de Oberón, se vio un retículo graduado que dividía la pantalla. En el extremo superior de ésta, además, aparecía proyectado el segundero de un cronómetro que estaba en marcha.

El paisaje se inmovilizó y en el negro espacio, por encima del borde del cráter, aparecieron los "Omega" formando una línea de pequeños puntos brillantes.

Miguel Ángel, esperó con la respiración en suspenso. La película, con movimiento retardado, reproducía uno por uno todos los detalles. Pero con mucha mayor lentitud de cómo ocurrieron las cosas en realidad.

Los proyectiles disparados por las baterías antiaéreas de la Base, entraron chisporroteando en el campo de acción de la cámara cinematográfica. Dejaron de chisporrotear y, ya transformados en esbeltos torpedos de seis metros de longitud, se alejaron lanzando chorros de llamas y de humo por la tobera de popa.

Los "Omega" crecían también de tamaño a medida que se acercaban. Eran muy pequeños.

Aproximadamente doble que los torpedos aéreos.

En la pantalla, el encuentro entre los torpedos y los "Omega" parecía ya inevitable cuando, de pronto, algunos de los aparatos del centro de la formación lanzaron de su proa un haz de delgados rayos que se dispersaron hacia el frente. Al menos una docena de los torpedos más adelantados recibieron estos rayos amarillos y

explotaron.

El deslumbrante fogonazo del primer torpedo que hizo explosión impidió ver nada más. De lo que no quedaba lugar a duda, era que los primeros torpedos estallaron "antes" de encontrarse con las misteriosas "herraduras volantes".

El joven quedó aterrado. Si era verdad lo que acababa de ver, el rayo desintegrador de la "dedona", tan largamente buscado por los sabios de los planetas terrícolas, era una realidad en manos de otros seres.

Las consecuencias podían ser inmediatas y terribles. Toda la fuerza ofensiva y defensiva de los planetas confederados, dependían de un metal bautizado con el nombre de "dedona". Su apretada estructura molecular, había resistido durante milenios a cuantos rayos desintegradores se probaran contra ella. Todos los buques de la formidable Armada Sideral Terrícola, tenían el casco de "dedona" Los blindados, la Infantería Robot, los cañones y los torpedos aéreos eran también de este superpesado material. ¿Qué iba a ocurrir si la Bestia Gris o cualquier otro enemigo de la humanidad terrícola poseía unos rayos capaces de desintegrar la "dedona"?

Las perspectivas que se abrían ante este interrogante eran terribles. El joven Miguel Ángel Aznar sintióse estremecer de frío de pies a cabeza.

Súbitamente echó a correr saliendo del compartimiento para irrumpir atropelladamente en la cámara de derrota. - ¡Señor! ¡Señor! - gritó plantándose de un salto ante el Almirante Bandini, formidable dentro de su armadura de cristal azul-. Venga en seguida para ver esa película. Es cierto lo que me pareció ver. ¡Aquellos aparatos lanzaron unos rayos que desintegraron algunos de nuestros torpedos antes que los demás les derribaran!

Bandini, miró al joven con el ceño fruncido.

- Serénese, muchacho. Debe estar equivocado. Eso que está diciendo es imposible. - ¡Venga conmigo!

El Almirante miró con el rabillo del ojo al grupo de oficiales que constituía la Plana Mayor de su Flota. La expresión de los rostros de estos hombres, entre los que también se contaban un par de mujeres, era de franca incredulidad.

- El miedo hace ver visiones al Capitán Aznar -apuntó burlonamente una de las mujeres, la cual ostentaba sobre su coraza de cristal, las insignias de capitán de navío.

Miguel Ángel ni siquiera se volvió a mirarla. Conocía los motivos de resentimiento de aquella mujer. Era una Balmer; es decir, miembro de aquella familia tradicional-mente enemiga de los Aznar.

- Bueno -dijo Bandini-. Si resultara cierta la existencia de esos rayos desintegradores de la "dedona", también yo tendría miedo ¡Mucho

miedo! Vamos, señor Aznar. Quiero ver esa película.

Miguel Ángel, precedió al Almirante a lo largo del corredor hasta la cámara donde había proyectado la película. La Plana Mayor en peso les siguió.

Los espectadores ni siquiera, tomaron asiento. Por tercera vez los torpedos aéreos salieron a! encuentro de los pequemos aparatos en forma de herradura. Un segundo antes de producirse la colisión los "Omega", lanzaron un haz de finos rayos amarillos sobre los torpedos.

La enceguecedora luz de las explosiones ocultó todo lo demás.

Miguel Ángel detuvo el proyector, encendió las luces y miró al pálido rostro del Almirante Bandini. -¿Quiere que volvamos a proyectar la película? -preguntó.

Bandini negó lentamente con la cabeza. -¡Es increíble! -exclamó-. Estábamos seguros de haber alcanzado un grado tal de conocimientos científicos en el que ya nada podía sorprendernos. ¡Y ahora... estos rayos!

- A mí me parece que estamos exagerando la importancia de esta película -apuntó el Vicealmirante Saucer-. No podemos admitir lo visto como prueba concluyente de la existencia de unos rayos desintegradores de "dedona". Es posible que esos rayos se limitaran a provocar la explosión de la carga atómica de nuestros torpedos, sin que ello implique la desintegración total del material de que están hechos.

- Es posible -murmuró Bandini dejando caer sobre Saucer una mirada, esperanzadora. Y a continuaron, agitando la cabeza con pesimismo añadió-: Mas la diferencia no sería apenas apreciable. -¿Quién sabe? Si hay un fenómeno eléctrico o mecánico que provoca la explosión de nuestras cargas atómicas, no debemos excluir la posibilidad de encontrar una defensa contra ese fenómeno. Lo otro, el rayo que desintegra total y completamente la "dedona" es demasiado terrible para aceptarlo sin más. ¿Se da cuenta de lo que eso significaría? Nuestra fuerza, lo que es y subsiste en nuestro vasto imperio, se lo debemos a ese material tenacísimo que llamamos "dedona" Si hay otros seres que poseen algo capaz de destruir la "dedona"... ¿Qué será de nosotros y de nuestra civilización?

- Mi querido colega -contestó Bandini-. Me doy perfecta cuenta de lo que un arma así significaría para nosotros si estuviera en manos de un enemigo. No tenemos defensa alguna contra ella, ni es posible que la encontráramos a tiempo de evitar una catástrofe. Sólo nos cabe una esperanza, y es que los dueños de esos rayos no resulten ser enemigos nuestros. -¿Que no se trate de la Bestia Gris, quiere decir? -Ni la Bestia Gris, ni de una humanidad de silicio, ni de nahumitas deseosos de vengar algún pasado agravio.

- Entonces -murmuró Saucer-. ¿Una raza de seres inteligentes que

nunca hemos visto hasta ahora?

- Eso mismo -suspiró Bandini. Y añadió-: Aunque eso, tratándose de una raza pacífica, sería demasiada suerte para nosotros.

En este momento el altavoz instalado en la cámara gritó: - ¡Atención! Serviola a comandante. Fuerza enemiga avistada. Marcación dos, ocho, cero.

Distancia cuatro, cero, cero. Número, diez mil.

- Se trata de la flota de autoplanetas -dijo Bandini encaminándose hacia la puerta-.

Volvamos al puente de mando.

El grupo abandonó la cámara y desfiló por el corredor hasta la cabina de los pilotos haciendo comentarios. El estado dominante era de preocupación y temor. -¿Seguimos acercándonos a esa flota, después de lo que acabamos de saber? -preguntó el vicealmirante Saucer.

A lo que Bandini contestó:

- Naturalmente. Debemos averiguar si se trata de gentes conocidas o desconocidas, o amigos o enemigos.

- Si fueran amigos ya habrían contestado a nuestras interrogaciones por radio.

- Puede que se trate de gentes pacíficas que no conocen nuestro idioma.

- Así ¿insiste en su idea de que pudieran ser criaturas de una raza desconocida para nosotros? -interrogó Saucer.

- Es evidente que, de tratarse de la Bestia Gris, ésta no se habría molestado en enviar por delante aquellos aparatos exploradores. La Bestia sabe perfectamente que tenemos bases en todos los satélites, planetas y asteroides de nuestro sistema solar Conoce esta galaxia corro su propia casa, ya que habitó aquí y aquí luchó durante siglos. Observe en cambio a estos que llegan ahora. Penetran en nuestro sistema despacio, como gentes que se aventuran en terreno desconocido. Los torpedos que abatieron a su escuadrilla de "herraduras" volantes les pillaron por sorpresa. ¿Cree usted que la Bestia se hubiera dejado sorprender así?

- Seguro que no -repuso Saucer.

- Pues en ese caso debemos descartar a los thorbod como presuntos tripulantes de estos autoplanetas. Y también a los nahumitas, pues están en el mismo caso que los hombres grises.

Mientras tenía lugar esta conversación a bordo del buque almirante, la IV Flota Sideral, empezaba a describir una amplía curva que la acercaría a "sólo" cien mil kilómetros de lia flota de autoplanetas navegando a la misma altura que ésta en dirección al Sol.

Al cabo de una hora, la IV Flota Sideral se encontraba á mitad del arco que recorría y había acortado en ciento cincuenta mil kilómetros

la distancia que le separaba de la flota de autoplanetas. Estos seguían frenando el enorme impulso que debieron cobrar durante la travesía del espacio y marchaban rectos al encuentro de Urano. -¿Qué se propondrán hacer? -murmuró el Vicealmirante Saucer, después de observar los autoplanetas por el periscopio telescópico-. No es posible que pretendan desembarcar en Urano, pues sabemos que ese planeta es inhabitable. Sin embargo siguen frenando.

- Posiblemente se quedarán al pairo describiendo una órbita de satélite alrededor de Urano -dijo el Almirante Bandini. Y añadió-: Lo cual bien pudiera significar un manifiesto deseo de entrevistarse con nosotros antes de seguir adelante.

Por momentos más intrigados, a la vez que esperanzados, los altos jefes de la IV Flota Sideral siguieron observando atentamente cada movimiento de los autoplanetas.

Media hora más tarde la IV Flota terrícola, completaba su media vuelta y se encontraba volando a la par que la flota de autoplanetas. Los cálculos del Almirante Bandini resultaron fallados debido al ligero cambio de rumbo de los autoplanetas.

La distancia mínima entre ambas flotas había quedado reducida a treinta mil kilómetros.

- Demasiado cerca -refunfuñó Sauce-. ¿Quién sabe si esos endiablados rayos no llegarán hasta aquí?

- Nos separaremos un poco más -dijo Bandini.

En este momento los serviolas electrónicos de a bordo gritaron: -¡Alerta, torpedos!

Miguel Ángel Aznar, que era quien más cerca se encontraba del periscopio, saltó hacia éste agarrándose al manillar y pegando los ojos al ocular. -¡Deme ese micrófono! -gritó el Almirante Bandini al oficial de enlace. Y acercando el aparato a sus labios bramó-: ¡Atención toda la Flota! ¡Preparados para lanzar torpedos!

Mientras tanto, Miguel Ángel enfilaba la flota de auto-planetas con el periscopio telescópico.

Un enjambre de proyectiles venían a tremenda velocidad en dirección a la flota terrícola. Estos proyectiles estaban siendo lanzados simultáneamente por los diez mil grandes autoplanetas de la flota enemiga. Al cruzar el negro abismo de treinta mil kilómetros de anchura que separaba a las dos flotas, los proyectiles dejaban tras sí largos rastros luminosos que se disolvían con lentitud. -¡ Lancen torpedos! -bramó el Almirante Bandini.

- Señor -dijo Miguel Ángel apartándose del periscopio-. Es posible que lo que viene sobre nosotros no sea una andanada de torpedos, sino una flotilla de aquellos pequeños aparatos qué destruimos en Oberón. -¡Zambomba! -exclamó Bandini pegando un brinco de sorpresa. Y volviendo a pegar el micrófono a sus labios gritó-: ¡Sigan

lanzando…, lancen por todos los tubos y cañones…, no dejen de lanzar mientras yo no lo ordene!

Toda la Plana Mayor se abocó materialmente sobre la gran pantalla de televisión situada en frente de los pilotos. En aquellos momentos la IV Flota Sideral lanzaba por todos sus tubos y cañones. Los grandes torpedos-paquetes, salieron impulsados por el aire comprimido y estallaron en una gran lumbrarada esparciendo cada uno un millar de pequeños objetos chisporroteantes que se convirtieron en grandes torpedos aéreos.

De la primera andanada, ciento veinte mil torpedos abandonaron sus ciento veinte mil tubos poniendo en libertad… ¡ciento veinte millones de torpedos!

No existía en el orbe fuerza sideral capaz de sobrevivir, a la bestial colisión con ciento veinte millones de torpedos atómicos…; o esta era al menos, la creencia sustentada por el Alto Mando de la Flota Sideral Terrícola.

Después de aquella primera andanada, otra de las mismas características fue lanzada al espacio por los veinte mil cruceros siderales terrícolas. Y entre ambos todas las ametralladoras dispararon sin interrupción cubriendo prácticamente el espacio del chisporroteo azul de los torpedos que se metamorfoseaban y del rastro de fuego de los que a millones volaban ya el encuentro del enemigo.

Con lágrimas de emoción en los ojos, Miguel Ángel Aznar, clavó la mirada en aquella pantalla.

Los "Omega" del enemigo eran quizá quinientos mil a razón de unos cincuenta por autoplaneta. Su velocidad era tan tremenda que en menos de medio minuto, habían recorrido la mitad de la distancia entre sus autoplanetas y la IV Flota Sideral Terrícola. Comparados con los "Omega" los torpedos terrícolas resultaban de una lentitud y torpeza tan tosca como trágicamente cómica. Pues mientras que éstos se metamorfoseaban y ponían en marcha sus motores cohetes, luchando contra la inercia para ganar progresiva velocidad, los aparatos enemigos salieron lanzados como proyectiles desde sus autoplanetas y cruzaron el abismo de treinta mil kilómetros de anchura con la velocidad de un relámpago.

Aunque estaba viéndolo Miguel Ángel Aznar, no podía dar crédito a sus propios ojos. ¡Treinta mil kilómetros por minuto!

Ninguna máquina creada por el hombre había podido desarrollar jamás aquella velocidad durante el primer minuto. Esto era imposible según las leyes de la mecánica clásica. Además; tratándose de máquinas tripuladas por hombres, ningún ser vivo habría podido sobrevivir a tan tremenda aceleración. -¡Cielo santo! -exclamó el Vicealmirante Saucer-. ¿Cómo pueden hacer ESO? ¡Nuestros torpedos van a tener que andar ligeros para detener ese torbellino!

- Nuestros torpedos les detendrán -aseguró Bandini con voz que no era tan segura como sus palabras. Y como para acabar de desmentir la confianza que trataba de aparentar añadió-: Cálense las escafandras.

Miguel Ángel no comprendió lo que estaba ocurriendo hasta que todos los ruidos cesaron a su alrededor y sintió muy fríos los guanteletes de cristal. Era que el rayo amarillo había atravesado de parte a parte el acorazado. El aire contenido a presión en la cabina del navío escapaba violentamente por una hilera de siete u ocho agujeros abiertos en el casco de "dedona".

Sin los herméticos trajes de vidrio los tripulantes del acorazado habrían muerto en seguida por descompresión rápida, frío y falta de oxígeno.

Miguel Ángel Aznar abrió rápidamente la espita del depósito de oxígeno de su escafandra, y dio la corriente eléctrica que calentaba su traje y hacía funcionar la radio individual. Luego, mientras sus compañeros le imitaban en estos movimientos, miró nuevamente a la pantalla de televisión.

Los endiablados "Omega" venían sobre la IV Flota Terrícola haciendo jugar sus mortíferos, rayos amarillos, contra los buques y la nube de torpedos. Estos torpedos, aunque tenían su ojo electrónico que les conducía hasta el blanco, eran demasiado lentos para seguir los ágiles movimientos de las "herraduras" volantes. La inmensa mayoría de ellos, después de perder el blanco que se les escapaban por superior velocidad y capacidad de maniobra, se lanzaron sobre la flota de autoplanetas que seguía su tranquilo vuelo hacia Urano.

Los rayos amarillos de que iban armados los autoplanetas dieron cuenta de este enjambre de enormes y costosos torpedos.

Mientras tanto, otras andanadas de torpedos eran lanzadas por los buques de la IV Flota. Y aunque muy pocos de ellos alcanzaron a los torpedos atacantes, al menos sirvieron para distraer la atención de los misteriosos rayos amarillos, atrayéndolos sobre sí y librando de ellos a los buques.

Aun así, más de tres mil buques siderales estallaron al ser alcanzados por los rayos perforantes en los motores atómicos o sus almacenes de torpedos. Y de entre los restantes, hubo muy pocos que no encajaron al menos media docena de los mismos rayos, resultando acribillados de agujeros.

En medio de una tremenda confusión de millones de torpedos que giraban como enloquecidos buscando al escurridizo enemigo, los "Omega" pasaron por encima de la IV Flota disparando sus rayos y se alejaron seguidos de un enjambre de furiosos torpedos.

Utilizando para ello la radio, el Almirante Bandini ordenó a toda la Flota acelerar y huir hacia el interior del sistema solar. Si los "Omega" hubieran querido perseguir a la Flota, la habrían alcanzado en pocos

momentos gracias a su mayor velocidad.

Pero los "Omega", por alguna razón desconocida, no persiguieron a la IV Flota. Esta se retiró con la mayor parte de los buques averiados, humillada como no había vuelto a serlo desde los remotos tiempos en que la Armada Thorbod, derrotó a las Fuerzas Terrícolas obligando a la humanidad a buscar la salvación en la huida de su mundo, hacia otros remotos y misteriosos mundos del Universo.

CAPITULO TERCERO

Sentado en una silla de jardín, bajo los dorados racimos de uva de su parra preferida, el ex "superalmirante" Aznar escuchaba con pupilas relampagueantes el relato de su hijo.

Cualquiera que habiendo oído hablar de las proezas y viajes del "superalmirante" Aznar fuera luego invitado a conocer personalmente a este hombre extraordinario, creería ir a encontrarse con un viejo de ojos apagados, rostro lleno de arrugas y cabellos blancos o grises.

Ninguna imagen podía estar más lejos de la realidad. Este "anciano", que había nacido en el espacio cuando el autoplaneta "Valera" viajaba hacia Nahum, era un hombre que no aparentaba más de cuarenta años, muy bien llevados ciertamente.

Alto, esbelto, de pupilas oscuras, penetrantes y llenas de energía, este fabuloso viajero y luchador era tan distinto de la imagen de un anciano como de la que pudiera formarse mirando a su hijo.

Contrariamente a su padre, el joven Miguel Ángel, de treinta años de edad, era de estatura mediana, rubio y con los ojos azules.

Los rasgos hereditarios del joven Miguel Ángel no había que buscarlos en la contextura física de su padre, sino en la joven y hermosa muchacha de cabellos rubios y pupilas azules, que se balanceaba en una mecedora un poco más allá, moviendo las agujas de hacer media en tanto no perdía palabra de la conversación que sostenían los dos hombres.

Esta muchacha, Otis Aznar, era la madre de Miguel Ángel. Y también lo era de otra Otis Aznar, que llevaba un año de casada y esperaba un hijo.

La juvenil abuela, revivía la tradición de otras remotas generaciones de abuelos haciendo a mano para su primer nieto las botitas de punto de media. -¿Así, que esos misteriosos rayos perforaron la coraza de "dedona" de nuestros buques? -murmuró el señor Aznar con expresión grave.

- De parte a parte -contestó el joven- agujerearon la coraza del costado de estribor, atravesaron a la desdichada capitana Balmer, todos los tabiques de los diversos compartimentos, luego el costado de babor… y se perdieron en el espacio. Creo que hubieran atravesado

también a media docena de acorazados puestos el uno junto al otro.

El señor Aznar meneó la cabeza.

- Eso es tremendo… realmente extraordinario - murmuró.

- Después de aquello -prosiguió narrando Miguel Ángel-, pusimos pies en polvorosa y no nos detuvimos hasta Ganímedes, donde la Segunda Flota estaba preparándose para venir a reforzarnos. Los almirantes subieron a bordo para admirar los hermosos agujeros que nosotros habíamos taponado con tarugos de madera para poder inyectar nuevo oxígeno a presión en la cabina.

- Pero de los autoplanetas… ¿qué más se ha sabido? -preguntó el señor Aznar.

- Según los últimos informes recibidos mientras veníamos hacia la Tierra, los autoplanetas seguían describiendo una órbita de satélite alrededor de Urano. Naturalmente, nuestras fuerzas se apresuraron a evacuar la Base de Oberón.

El "superalmirante" se acarició pensativamente la barbilla. En estos momentos sonó un timbre dentro de la casa.

- Será de Otis -dijo la señora Aznar poniéndose apresuradamente en pie y dejando la labor sobre el asiento-. Yo atenderé al teléfono.

Miguel Ángel miró como se alejaba su madre, y luego se volvió hacia el "superalmirante". -¿Ya? -preguntó.

El señor Aznar asintió con la cabeza y Miguel Ángel farfulló: -¡Bonito momento para venir criaturas al mundo!

- La naturaleza no tiene en cuenta estas cosas-dijo el señor Aznar-. Ella prosigue su acción creadora indiferente a los conflictos de los hombres.

- Di, papá. ¿Cómo crees tú que acabará todo esto? ¿Nos invadirán esos enemigos que todavía no conocemos? ¿Habrá dispuesto Dios que tengamos que evacuar una vez más estos planetas, como ocurrió en los tiempos de nuestro primer abuelo?

- Si la gente que tripula esos autoplanetas fueran hombres grises te diría; "ponte ahora mismo a preparar tus maletas". Sin embargo, no parece probable que se trate de una invasión Thorbod. La Bestia no hubiera procedido como estos desconocidos visitantes, no hubiera dejado que la IV Flota, batida en derrota, huyera sin ser totalmente aniquilada.

Miguel Ángel permaneció pensativo unos instantes.

- A mí me parece -dijo al cabo-, que una invasión ha de ser funesta de todos modos; lo mismo si nos invaden Hombres Grises que hombres de cualquier otro color. -¡Qué duda cabe! -exclamó el "superalmirante". Y se volvió a mirar con ternura a la señora Aznar, la cual salía de la casa.

- No era Otís -dijo la señora Aznar-. Te llaman desde el Cuartel de las Fuerzas Armadas. -¿A mí? -preguntó el señor Aznar con extrañeza.

Pero sus ojos relampaguearon al añadir-: ¿Qué pueden querer de mí en el Cuartel General? -¡Vamos, papá! No te hagas el sorprendido -sonrió Miguel Ángel-. Todavía eres Almirante Mayor, "honoris causa", de las Fuerzas Armadas Terrícolas. Sabes perfectamente que en una crisis como la presente se ha de recurrir a tu consejo… y apuesto a que esperabas esta llamada.

El "superalmirante" Aznar contestó con un gruñido desapacible echando a andar hacia la casa. Miguel Ángel guiñó un ojo a su juvenil progenitora y echó detrás de su padre.

En el "living" el televisor estaba funcionando y en la pantalla se veía la imagen de un emperifollado almirante de la Armada Sideral. Miguel Ángel conocía a este hombre. Se llamaba Hidalgo y, habiendo sido treinta años atrás uno de los más inteligentes ayudantes del "superalmirante" Aznar, ostentaba ahora la jefatura del Alto Estado Mayor Combinado o Estado Mayor General.

Hidalgo, evidentemente, podía ver a su antiguo jefe desde la pantalla. -¡Hola, señor Aznar! -saludó con una sonrisa preocupada-. Hace algún tiempo que no nos vemos. ¿Cómo se encuentra usted y su distinguida familia?

- Todos bien, muchas gracias. Mi hija Otis está esperando un niño. Por lo demás… -¡Vaya, vaya! -exclamó Hidalgo-. No sabe cuánto me alegro. Buenos días, Miguel -añadió viendo llegar al joven-. ¿Cómo estás? Te encontrabas con el almirante Bandíni en Oberón cuando pasó aquello, ¿no es cierto? Bueno, almirante. En tal caso le supongo enterado de lo ocurrido…

- Mi hijo me ha contado todo lo que sabía como testigo presencial -repuso el "superalmirante".

- Le llamo a propósito de ello, como usted ya puede suponerse. El Estado Mayor General piensa reunirse mañana por la mañana en sesión plenaria para estudiar el caso a la vista de los informes que estamos recogiendo. Usted, naturalmente, queda invitado a asistir. Más que eso, le rogamos nos distinga con su presencia. ¿Vendrá?

- Bueno, no tengo ningún inconveniente en acudir a esa reunión. -¡Gracias, almirante!. Creo que todos nos sentiremos más tranquilos teniéndole a usted con nosotros. Se trata de un caso de suma gravedad, como usted habrá comprendido por el relato de Miguel Ángel.

- No he podido formar todavía una opinión definitiva sobre el caso -contestó el ex almirante mayor-. ¡Claro que el asunto se presenta muy feo! Esos condenados rayos que perforan la "dedona" como si fuera mantequilla… Dígame Hidalgo. ¿No se sabe todavía nada acerca de los tripulantes de esas misteriosas "herraduras" volantes… "Omega", creo que han dado en llamarles ustedes?.

- Nada en concreto, aunque es posible que estemos en vías de

averiguar al menos cuál en su naturaleza. Después que el almirante Bandini abandonó con su Flota la Base de Oberón, el oficial del Servicio de Información destacado en aquella Base, recogió algunos restos de los "Omega" que fueron destruidos por nuestros torpedos. Entre estos restos se encontró una esfera metálica muy extraña, dentro de la cual hemos capturado un extraño bicho… al parecer muerto. -¿Un bicho? -exclamó el señor Aznar-. ¿Cómo era ese bicho?

- Pues un bicho… indescriptible. Al menos para mí. Lo hemos enviado a nuestro común amigo, el profesor Castillo, el cual debe estar examinándolo a estas horas para darnos su informe mañana, durante la reunión del Estado Mayor. -¿Así, es posible que sepamos algo mañana durante la reunión?

- Eso espero. ¿Quedamos en que asistirá usted? -Cuenten conmigo.

- Hasta mañana entonces. Salude a la señora en mi nombre… buenos días, Almirante.

La imagen se desvaneció de la pantalla. El "superalmirante" se volvió hacia su hijo y por un momento, debido al centelleo de sus pupilas, pareció como sí las personas se invirtieran, siendo más joven el que tenía mayor edad. -¿Has oído eso, Miguel Ángel? Nuestro viejo amigo, el profesor Castillo, está manipulando en ese "bicho". ¿Qué te parecería si fuéramos a ver al profesor en su propio antro?

- Me parecería muy bien -contestó Miguel Ángel pensando en Polonia Castillo, la hermosa hija del profesor.

- Pues ve a sacar la falúa del hangar.

Miguel Ángel se encaminó rápidamente hacia el cobertizo donde se guardaba el aerobote.

Abrió las anchas puertas corredizas, trepó al aparato y lo sacó fuera. A través de los cristales de la cabina vio al "superalmirante" que besaba a su madre y venía hacia el aerobote con paso elástico.

- A la Universidad de Ciencias -dijo el señor Aznar subiendo al aparate -¿La de San Francisco? -preguntó Miguel Ángel con fingida gravedad. -¡La de Washington, capital, majadero!

Miguel Ángel hizo elevarse el aparato. Se aseguró que las portezuelas estaban bien cerradas, abrió la espita del oxígeno y puso en marcha la calefacción. Breves minutos después se encontraban volando por la alta estratosfera a una velocidad de 6.000 kilómetros por hora en dirección al Este. -¿Conoces el camino? -preguntó el señor Aznar.

Miguel Ángel espió la expresión del rostro de su padre con el rabillo del ojo. Pero la expresión del "superalmirante" era de lo más inocente y tranquila.

- Desde luego, lo conozco -contestó con desgana.

- Antes venías con mucha frecuencia a pedirme prestada la falúa para ir a visitar al profesor Castillo en Washington.

- Sí -confesó Miguel Ángel.

- Pero hace lo menos dos años que no has vuelto por allí -añadió el señor Aznar. Y preguntó-: ¿No crees que Castillo se alegrará de volverte a ver?

- El profesor Castillo, sí. -¿Y Pol?

"¡Vamos, ya salió aquello!", pensó Miguel Ángel. Y contestó en voz alta:

- Espero que también. ¿Por qué había de contrariarla? Yo no le importo ni poco ni mucho.

El "superalmirante" hizo una mueca y murmuró:

- Me parece notar cierto acento de amargura en tus palabras, hijo. ¿Qué ocurrió entre Pol y tú?

- Nada, eso es lo malo -contestó Miguel Ángel con brusquedad-. No ocurrió nada. -¿Te calabaceó?

El joven apretó los dientes con fuerza. Hubiera preferido que su padre no suscitara aquella vieja cuestión.

- Poco más o menos -contestó. -¿Qué significa "poco más o menos"?

- Ella, Polonia, es una chica supercargada de ciencia. No tiene tiempo para nada, excepto vigilar sus cultivos de bichos raros y martirizar a los gatos y los ratones inoculándoles espantosas enfermedades que luego estudia con entusiasmo. Cuando... ¡bueno! cuando le propuse que nos casáramos, me dijo que lo sentía mucho... que me tenía un gran aprecio, pero que nunca había pensado en mí como presunto marido... ni pensaba casarse dentro de los próximos cien años. ¡Estaba entonces tan ocupada estudiando el proceso evolutivo de una familia de bacterias! Iba por la generación dos mil uno y calculaba haber seguido los progresos de aquella familia hasta la generación cien mil en una docena de años. -¡Esos Castillo! -exclamó el "superalmirante". Y chascó la lengua moviendo lentamente la cabeza.

- No he vuelto por allí desde entonces-aseguró Miguel Ángel-. Mirándolo bien, quizá haya sido mejor que la cosa terminara así. ¡Sabe Dios las cosas raras que esa loca hubiera intentado hacer con mis hijos!

El señor Aznar contestó con una ligera sonrisa. Y no volvió a insistir sobre el tema, lo cual, cosa por demás curiosa, contrarió sobremanera al joven Miguel Ángel.

Una hora después avistaban Washington, capital del Estado Tierra. Aunque estaba prohibido a los aerobotes particulares volar sobre la populosa ciudad, esta prohibición no rezaba para el aparato de los Aznar, el cual mostraba a ambos lados del esbelto casco los cuatro grandes luceros blancos, distintivo del alto rango de quien lo ocupaba.

Con pericia hija de una larga práctica, Miguel Ángel condujo el aerobote hasta el alto rascacielos de la Universidad de Ciencias, y

aterrizó en la enorme terraza del edificio.

Dos minutos después, padre e hijo se encontraban en la cabina de un ascensor bajando hacia el piso donde el profesor Castillo solía dedicarse a sus extraños experimentos.

Aquel día, por excepción, la entrada al laboratorio estaba guardada por dos miembros del Servicio de Información de la Armada, vestidos de paisano. El señor Aznar tuvo que darse a conocer para que los guardianes accedieran a avisar al profesor Castillo.

Polonia Castillo en persona salió a la puerta para rogar a los centinelas que dejaran pasar a los visitantes.

Polonia era una muchacha de mediana estatura, morena, de ojos negros y rasgados, poseedora de una belleza y encanto realmente extraordinarios.

La primera, penetrante mirada de los grandes ojos negros, fue para Miguel Ángel Aznar hijo.

Luego, la muchacha sonrió al "superalmirante" tendiéndole con espontánea alegría la mano e invitándole a entrar.

"¿Y la señora Aznar?" "¿Cómo está Otis? Ya sé, ya, que espera un hijo para un día de estos".

Sólo después de este primer chaparrón de saludos y preguntas se volvió la joven para decir por encima del hombro: -¡Hola, Miguelito! ¿Cómo estás?

- BIEN -gruñó el aludido con cara de haber mordido un limón, ya que nada le molestaba tanto como oírse llamar "Miguelito" de aquella petulante profesora de Ciencias.

Charlando como una cotorrilla la muchacha guió a los visitantes hasta el rincón del laboratorio donde el profesor Castillo, larga pelambrera en la nuca y precoz calva arriba del cráneo, permanecía sentado en un alto taburete contemplando gravemente algo puesto sobre su banco de trabajo. -¡Alabado sea Dios! -exclamó el sabio arrancándose de su abstracción para estrechar las manos de los Aznar-. Había de estar próxima a ocurrir toda una catástrofe cósmica para que el almirante Aznar volviera a mostrarse a los ojos de sus viejos amigos. -¿Cómo te va, Profesor? -rió el señor Aznar. Y mirando a la mesa exclamó-: ¡Hola! ¿Qué es lo que tiene ahí?

- Vamos, Almirante. No me diga que no está enterado de nada. Usted ha venido aquí con un propósito definido, y ese propósito es curiosear este bicho. -¡Ah! ¿Pero es un bicho? -murmuró el "superalmirante" sin negar ni afirmar.

- Bueno, digamos que lo era. Ahora no es más que un despojo objeto de estudio. Lo hemos abierto por la mitad para ver cómo era por dentro. -¿Y ya saben cómo es? -murmuró Miguel Ángel estirando el cuello para ver "aquello".

Se trata de un cuerpo extraño, consistente al parecer de un globo

amarillo del tamaño de los dos puños de un hombre juntos, rodeado de un pequeño faldellín de una sustancia transparente. Por debajo de este faldellín salían un par de docenas de tentáculos cortos, del grosor de los de un pulpo corriente, aunque sin ventosas.

El detalle más curioso de este animal lo constituía aquella media esfera amarilla brillante.

Fijándose mejor, Miguel Ángel advirtió que estaba formado de múltiples y diminutos hexágonos. -¿Qué es? -preguntó el "superalmirante" sin disimular su enorme curiosidad.

- Pues ya lo ve usted -contestó Castillo-. Se trata de una criatura viviente dotada de su correspondiente órgano de la vista, su boca y sus miembros locomóviles. -¿Es su ojo ese globo amarillo que lo ocupa casi todo?

- En efecto. Ese es su órgano de la vista, aunque no se trata de un ojo solamente. En realidad es un ojo múltiple, formando de gran número de facetas. Cada hexágono es un ojo completo con su iris, su cristalino y su retina. En conjunto, estos múltiples ojos deben formar un mosaico de imágenes, en el cerebro del animal. -¿Y la boca, donde está?

El profesor Castillo metió una mano debajo del animal, puso otra mano encima para que no se despegaran las dos partes en que lo habían cortado, y le dio la vuelta.

En la parte inferior del pequeño monstruo, entre el círculo de tentáculos, se veía un hueco de aspecto muy desagradable, parecido a la boca de un besugo. -¿Eso es todo? -preguntó Miguel Ángel desencantado. -¿Le parece poco? -contestó Castillo-. Aunque de una simplicidad que podríamos llamar "primitiva", estos animales son criaturas vivientes completas. No les falta nada para poder vivir, como demuestra el hecho de que viven.

- Profesor Castillo -rezongó Miguel Ángel-. ¡No me diga que estos bichos asquerosos son los tripulantes de las "herraduras" voladoras y los creadores de esos fantásticos rayos que atraviesan corazas de "dedona"?

El profesor Castillo posó sobre Miguel Ángel sus oscuras pupilas chispeantes de malicia. -¿Y por qué no? -preguntó.

- Dios mío, eso es imposible! Este monstruo no alcanza quizá en categoría a nuestros calamares. En su rústico cerebro no puede germinar ninguna idea grandiosa. Y suponiendo que alguna vez tuviera una idea, jamás podría realizarla ¿Cómo lo haría, si ni siquiera tiene manos?

- Bueno, bueno. Tranquilícese, muchacho: Apenas existe una remota posibilidad de que una raza de estos pequeños seres sea la creadora de esos terribles rayos superpenetrantes.

Sin embargo existe un hecho evidente, y es que según todas las

apariencias, este animal iba tripulando una de aquellas "herraduras" volantes. Ahora cabe preguntarse, ¿qué estaba haciendo este bicho a bordo de un aparato como aquellos? ¿Si no actuaba como piloto, para qué iba a llevarlo el piloto consigo?

- Quizá lo llevara como mascota. ¿Quién sabe si no será un animal amaestrado? -arguyó Miguel Ángel.

- También es una posibilidad -contestó Castillo riendo.

- En cuyo caso -añadió el señor Aznar- estaríamos preocupándonos inútilmente por algo que carece de interés. - ¡Oh, no lo considero yo así! -exclamó el biólogo-. Para mí, este animalito es igualmente interesante aunque no pase de la humilde condición de calamar. El constituye la primera prueba fehaciente de algo que veníamos suponiendo hace mucho tiempo. Existen seres vivos de titanio. -¿Ha dicho usted? -gritó el "superalmirante".

- Que en alguna parte del universo hay una naturaleza de titanio. Este diminuto ser está hecho de Titanio.

CAPITULO CUARTO

Mediada la tarde, los Aznar estaban de regreso en su casa de San Francisco. Debajo del emparrado, el joven profesor Ferrer tomaba a pequeños sorbos una naranjada con abundante hielo en tanto departía animadamente con la señora Aznar.

El profesor Ferrer, que tenía veinte años más que Miguel Ángel, era un joven pálido, de constitución no muy fuerte, cabellos negros, rebeldes, y frente ancha y abombada de intelectual. - ¡Caramba, caramba! -exclamó el señor Aznar al saltar del aerobote-. Esta sí que es una visita inesperada. ¡Lo menos hace mil años que no le vemos por aquí, amigo Ferrer!

- Bueno, no tanto... no tanto -sonrió el profesor con embarazo estrechando la mano al "superalmirante".

Miguel Ángel saludó al ingeniero sin bajar de la falúa, fue a encerrar ésta en el hangar y regresó junto al grupo. -¿Cómo va eso, Ferrer? -saludó-. ¿Ha inventado algo nuevo por estos días?

- Vivimos en una época desgraciada -contestó el ingeniero en el mismo tono de zumba-.

Prácticamente no queda nada por inventar ¡Da asco vivir así! -¡No me diga! -exclamó Miguel Ángel-. Acabo de ver yo unos rayos de un hermoso color dorado que atraviesan las corazas de "dedona" de nuestros buques de guerra como si fueran de papel. Que yo sepa, en la tierra no tenemos nada parecido.

La mirada del profesor Ferrer se ensombreció.

- Algo de eso había oído decir. Ciertos rumores aseguran que nuestra Armada Sideral sufrió una humillante derrota en los

alrededores de Urano, a manos de un enemigo que el vulgo no se ha puesto de acuerdo al identificar. ¿Es eso cierto, Almirante? -preguntó con ansiedad.

El señor Aznar sonrió y dijo:

- Apuesto que, aunque tenía usted pensado venir a visitarnos un día de estos, han sido esos rumores el principal objeto de su venida.

- Bueno pues… sí. Esa es la verdad -contestó Ferrer enrojeciendo-. Me pareció que si había ocurrido algo, usted sería la persona más adecuada para saberlo.

- Le comprendo perfectamente. También yo acabo de realizar una visita que venía demorando desde hace un par de años. Fui a ver al profesor Castillo. Sí, es cierto lo que se dice por ahí, amigo mío. Unos visitantes desconocidos, que utilizan rayos perforantes, pusieron en vergonzosa fuga a nuestra Cuarta Flota en los alrededores de Urano. Miguel Ángel, que tomó parte en aquella batalla, puede darle la información de primera mano que usted desea obtener.

El ingeniero volvió sus ojos interrogantes hacia Miguel Ángel. El joven no tuvo más remedio que repetir la historia.

- Así -dijo el ingeniero- que aquellos rayos no eran desintegradores, como ustedes creyeron al principio.

- No, a Dios gracias. Si llegan a ser desintegrantes no me encontraría yo aquí hablando tan tranquilo. Afortunadamente los rayos se contentaron con llenar de agujeros el casco de nuestro buque. Muchos de los navíos estallaron, es cierto. Pero sólo porque los rayos alcanzaron en el pañol de municiones o en los motores. En realidad, esos rayos actúan a manera dé un proyectil. Allí donde pegan abren un agujero aunque se trate de corazas de "dedona".

- Que ya es bastante- refunfuñó el señor Aznar-. La intrusión de esos rayos en la guerra convierte en inútiles todos los armamentos que hemos ido inventando en el transcurso de las edades desde los tiempos del almirante Nelson. La guerra moderna vuelve a los tiempos que las escuadras navales combatían a cañonazo limpio, cuando no se utilizaban las corazas ni se conocían el torpedo ni la mina submarina.
-¡Ojalá volviéramos a aquellos tiempos! -suspiró la señora de Aznar.

Pero los hombres no tomaron en cuenta su interrupción.

- Hábleme de esos aparatos que usted llama "Omegas", Miguel Ángel -dijo el profesor-.

O, mejor que de ellos, de su sistema propulsor. ¿Qué aspecto tenía el rastro que iban dejando atrás?

- Pues mire, no parecía una estela de gases como las de nuestros torpedos y nuestros buques. Era un rastro muy brillante, delgado y compacto como una barra de metal fundido al rojo amarillo. Parecía mentira que una columna tan delgada impulsara aquellos aparatos a tan tremenda velocidad. Salieron de los autoplanetas como rayos y

salvaron en poco más de un minuto los treinta mil kilómetros que separaban nuestras fuerzas de la suyas.

El ingeniero se pellizcó nerviosamente el lóbulo de la oreja. Sus ojos oscuros, pasando por encima del parapeto de la terraza, estaban fijos en un punto impreciso del espacio inundado de sol.

- Ellos deben haberlo conseguido -murmuró por lo bajo, como hablando consigo mismo. -¿Qué es lo que han conseguido, Profesor?- preguntó el "superalmirante".

- Lo que nosotros andamos buscando hace siglos; el rayo de luz sólida. -¿El rayo de luz sólida? -repitió Miguel Ángel-. ¿Qué es eso?

El ingeniero apeó su mirada del cielo para clavarla en el joven astronauta.

- Es el término, ciertamente inapropiado, que utilizamos para designar un rayo de luz ideal, dotado de la consistencia de una barra sólida. Como usted sabrá el rayo de luz posee cierta energía. El matemático Euler fue el primero en sospechar la existencia de esta energía, pero estaba reservado al gran físico Maxwell el honor de demostrar que las ondas de luz ejercen una presión sobre los cuerpos que iluminan. Esta presión, si bien inconcebiblemente pequeña, puede ser calculada e incluso medida por medio de aparatos adecuados. La presión de la luz es máxima en la superficie del Sol. Allí, si los rayos caen sobre un cuerpo que tenga un centímetro cuadrado, la presión ejercida por la luz solar es del orden de unos tres miligramos.

Esta presión, naturalmente, es causada por el choque de los fotoelectrones sobre la superficie que iluminan. -¡Calle, ahora empiezo a recordar! -exclamó Miguel Ángel-. Creo haber leído algo de eso. Hace mucho tiempo se intentó impulsar nuestros buques siderales con un chorro de fotoelectrones.

- Exactamente. Sobre la certeza científica de la energía luminosa, nuestra técnica ha intentado una y otra vez desarrollarla para aplicarla a la impulsión astronáutica, entre otras cosas. El proyecto más primitivo de esta idea se nos representa en forma de un aparato que lleva en la popa un reflector potentísimo. El rayó de luz de este proyector, apuntado hacia atrás, empuja por reacción el aparato hacia adelante.

- Realmente, es una idea cautivadora.

- Es una idea que no ha podido realizarse jamás -contestó el ingeniero. -¿Y cree usted… es posible que esas criaturas que nos visitan la hayan realizado? -preguntó el Señor Aznar.

- Por la descripción que Miguel Ángel nos hace de esos rayos, mucho me temo que sí. En realidad, el rayo de luz sólida sería el único capaz de atravesar de parte a parte una coraza de "dedona" de varios centímetros de espesor. Y ese mismo rayo, actuando como un reactor en la popa de un aparato aéreo, sería a la vez, el único sistema capaz

de impulsarle a una velocidad de treinta mil kilómetros en el primer minuto.

- Pero esos rayos… son realmente sólidos? -preguntó Miguel Ángel.

- No, claro que no. Deben tratarse de una columna de fotoelectrones muy densa, que avanza dotada de tremenda velocidad. Sabemos por la famosa fórmula einsteniana que la energía se transforma en masa. Hacer sobrepasar a los fotoelectrones su propia velocidad límite sería un sistema de hacer que estos fotoelectrones engendraran masa, adquiriendo un tamaño varios millones de veces superior al normal. Aun en este caso, los fotoelectrones, por ser tan diminutos, no sobrepasarían el tamaño de granos de sal. Ahora bien; sabemos que incluso un grano de sal llega a tener un tremendo poder de penetración cuando va impreso de gran velocidad. Un chorro de estos granos chocando contra una coraza de "dedona" a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, que es la velocidad de la luz, la atravesarán como un papel dejando un agujero de bordes tan limpios como si estuviera hecho con un taladro. -¡Diantre! -murmuró Miguel Ángel profundamente impresionado-. Así ¿no hay quién pare esos rayos?

- Nada, excepto una coraza de "dedona" varias veces más gruesa de las que llevan nuestros cruceros siderales en la actualidad -contestó el ingeniero poniéndose en pie. -¿Cómo cuántas veces más gruesa? -preguntó el "superalmirante", poniéndose en pie a su vez.

- Varias… no sé cuantas. Dependería de la velocidad exacta del rayo y del grosor de los fotoelectrones. Tendríamos que ver uno de esos aparatos productores de rayos para saberlo con exactitud. Pero usted - dijo el ingeniero- no estará pensando en reforzar las corazas de toda nuestra flota. -¡No, claro que no! Sería una empresa gigantesca y, de todas formas ¿para qué nos serviría? Tendríamos que aumentar también el espesor del casco de nuestros torpedos aéreos… ¡millares de millones de torpedos…! lo cual resulta una imposibilidad en la práctica.

El ingeniero, puesto de pie, permaneció unos momentos indeciso.

- Almirante -dijo finalmente- ¿Tiene usted idea de cuáles puedan ser las intenciones de esos extranjeros respecto de nosotros y nuestros planetas?

- Hijo mío ¡ojalá lo supiera! -exclamó el señor Aznar-. Me sentiría más tranquilo, aun sabiendo que nos esperaba el más triste de los destinos. No hay nada peor que la incertidumbre… y en ese estado nos encontramos todos por ahora.

El profesor Ferrer asintió gravemente, estrechó las manos a sus amigos y se fue.

Los Aznar se quedaron en la terraza haciendo comentarios hasta que se puso el sol y se hizo hora de comer. Mientras preparaban la

mesa bajo la parra sonó el timbre del televisor.

- Será Otis que me llama a su lado -dijo la señora Aznar echando a correr.

Pero, como había estado, ocurriendo durante todo el día, no eran ni la hija ni el yerno del superalmirante quienes llamaban. Era el contraalmirante Keiper ayudante del almirante Hidalgo. -¿Qué ocurre, Keiper? -Preguntó el señor Aznar acudiendo alarmado junto al receptor.

- Nada grave, señor. Todo lo contrario. Puede que algo bueno salga de todo esto. El Almirante me ha ordenado que le llamara para rogarle acuda a la reunión de mañana adornado con todas sus galas de Almirante Mayor. Se trata de impresionar a los parlamentarios que llegarán mañana ¿sabe? -¿Dice...? ¡Cómo! -exclamó el "superalmirante" ¡No me diga que los forasteros vienen a parlamentar con nosotros!

- Sí, de eso se trata, precisamente -contestó Keiper-. Hace un par de horas recibimos un radio de la Base de Ganímedes anunciando el paso de uno de nuestros cruceros en ruta hacia la Tierra llevando a bordo una comisión de parlamentarios extraterrestres. -¿Pero vienen a bordo de un buque nuestro? ¿Cómo se explica eso?

- Parece ser que el enemigo capturó uno de nuestros buques que había quedado averiado y a la deriva de resultas del encuentro con los "Omega" desconocidos. La tripulación, que seguía a bordo tratando de reparar las averías, vio cómo su buque era rodeado de los aparatos enemigos. El comandante admitió a bordo algunos extraterrestres haciendo tratos con ellos, consintiendo al fin traerles a la Tierra a cambio de la libertad.

- Y esos extraterrestres... ¿no eran hombres Grises? ¿Seguro? -preguntó el señor Aznar con ansiedad.

- El comandante del buque radió a Ganímedes: "Volamos hacia la Tierra llevando a la comisión de tipos más raros que pueda imaginarse".

- Ese comandante no hubiera llamados "tipos raros" a los thorbod. A estos los conocemos bien -murmuró el "superalmirante".

Y Keiper contestó:

- Eso mismo pensamos aquí. -¿Pero cómo diablos pudieron entenderse con esa gente? ¿Es que los forasteros hablan nuestro idioma acaso? -preguntó el señor Aznar.

En la pantalla, la imagen del contraalmirante Keiper se encogió de hombros.

- Lo ignoramos -contestó- No sabemos nada de nada, excepto que los tales sujetos están en camino hacia la Tierra.

- Ese tonto comandante pudo haber sido un poco más explícito -refunfuñó el Almirante Mayor. Y suspirando añadió-. En fin, mañana

los veremos cara a cara. Sospecho que no voy a pegar ojo en toda la noche. Hasta mañana, Keiper. Gracias por avisarme. Me presentaré hecho un brazo de mar.

La imagen del contraalmirante se desvaneció en la pantalla. El señor Aznar cruzó una mirada de perplejidad con su hijo. - ¿Has oído eso, Miguelito?

Miguel Ángel asintió con la cabeza.

- Una comisión de forasteros viene a parlamentar con nosotros - murmuró el "superalmirante"-. Me gustaría saber en qué idioma vamos a entendernos, si en esperanto, por señas, o por telepatía.

***

Eran las ocho de la mañana cuando la falúa del Almirante Mayor Honorario de la Armada Sideral, don Miguel Ángel Aznar, se posó en la inmensa explanada frente al imponente edificio de las Fuerzas Armadas Confederadas.

A pesar de lo temprano de la hora, gran número de falúas que ostentaban las tres estrellas de Almirante y los tres círculos amarillos de general de división estaban ya estacionados ante los rascacielos. En las portezuelas de estos lujosos aparatos se veían los símbolos astronómicos del planeta Tierra, el planeta Venus y el planeta Marte.

La noticia de la próxima arribada de una comisión de parlamentarios extraterrestres había llegado de alguna forma misteriosa a oídos de los 20 millones de habitantes de Washington. En la desembocadura de las grandes avenidas que confluían en la plaza, la gente se apelotonaba contra la barrera que formaba la Policía Militar.

La atmósfera era de franca expectación y no poco nerviosismo.

El Almirante Mayor, acompañado de su hijo, serpenteó por entre las filas de aerobotes allí aparcados y subió despaciosamente la monumental escalinata de mármol.

Vestía el "superalmirante" para tan memorable entrevista su uniforme de gran gala; bota roja alta de auténtico cuero hasta la rodilla, pantalón azul celeste con galón de oro, casaca escarlata con botonadura de topacios, trenza de cordones multicolores cruzándole el pecho y casco de cristal amarillo con alta cimera de ondulantes plumas. Sobre sus anchos hombros de atleta descansaba el emblema más alto que un hombre podía alcanzar dentro de las Fuerzas Armadas Terrícolas; sendas chapas delgadas de acero azul con cuatro grandes luceros de brillantes engarzados.

Junto a su padre, también en traje de gran gala, Miguel Ángel Aznar sentíase henchido de orgullo. Porque uniformes tan vistosos como los de su padre los había entre los generales y almirantes que

llenaban el grandioso vestíbulo del Palacio de las Fuerzas Armadas, pero el emblema del Almirante Mayor que ostentaba este hombre era único en el mundo, entendiendo por mundo tanto los planetas confederados terrícolas como el lejano Redención y las repúblicas de Nahum.

Después que don Miguel Ángel Aznar se retiró voluntariamente de la vida pública ningún otro hombre llegó a alcanzar el mando absoluto sobre todas las Fuerzas Armadas Confederadas. El cargo de Almirante Mayor se consideraba inexistente en la actualidad, permitiéndosele solamente a don Miguel Ángel, y esto a título honorífico, porque nadie podía degradarle a simple Almirante.

Aunque hacía 30 años que el Almirante Mayor no pisaba las gradas de aquel edificio, que era más bien un monumento al formidable poderío de las Fuerzas Armadas Terrícolas, un movimiento de expectación agitó a los almirantes y generales allí congregados al aparecer don Miguel Ángel.

Visiblemente emocionado, el Almirante Mayor estrechó gran número de manos que se le tendían, manos amigas la mayoría, de viejos compañeros que habían luchado a sus órdenes contra la Abominable Bestia Gris. -¿Y nuestros distinguidos visitantes, no han llegado todavía? -preguntó el señor Aznar cuando hubo menguado el aluvión de saludos y parabienes.

- Están para llegar -le contestaron-. Hace un par de horas cruzaron la órbita de la Luna. -¿Y qué hacemos aquí?

- Dudamos entre esperarles sentados en el salón o aquí en la escalinata ¿Qué considera usted mejor?

- Esperarles en el salón, desde luego. Un poco de soberbia nunca está de más en estos casos. Si nos ven apelotonados en la escalera pensarán que esperamos llenos de ansiedad y angustia. Aunque esto sea cierto debemos disimularlo. Podremos asistir a su arribada a través de las pantallas de televisión del gran salón. Para recibirles bastará con que se quede aquí una pequeña comisión.

Aceptado por unanimidad el consejo, el grupo se encaminó ruidosamente hacia el salón de sesiones. Allí se les reunió el Almirante Hidalgo, el cual aprobó la resolución adoptada por su antiguo superior jerárquico.

Hidalgo designó una comisión de seis generales, contraalmirantes y vicealmirantes, y señaló a don Miguel Ángel Aznar la cabecera de la mesa.

- Usted y yo nos sentaremos juntos en la presidencia -dijo. -¿No asiste el Presidente? -preguntó el "superalmirante".

- No. Los presidentes de Venus y Marte no podrán llegar a tiempo para asistir a esta entrevista. Además, el Presidente considera prematuro entablar negociaciones con los extranjeros sin una

entrevista previa entre éstos y el Estado Mayor General para que conozcamos sus pretensiones. -¿Qué piensa el señor Presidente acerca de todo esto? -¡Nada! ¿Qué ha de pensar, el pobre? Está tan asustado como todos nosotros. Arde en deseos de cambiar impresiones con sus colegas de los otros estados confederados… lo cual debe ser también el sentimiento de los presidentes marciano y venusino.

En este momento sonó el zumbador del televisor que Hidalgo tenía delante, sobre la mesa.

El almirante pulsó el interruptor. En la pantalla apareció la imagen de una mujer oficial de transmisiones, la cual dijo con alguna precipitación:

- La escuadra de cruceros que salió al encuentro de los parlamentarios anuncia que acaba de entrar en contacto con el buque. En este momento cruzan la ionosfera terrestre.

- Bien. Sintonice las pantallas televisoras del salón -contestó Hidalgo con nerviosismo.

La imagen de la mujer se desvaneció de la pantalla del televisor. Entre el centenar de generales y almirantes que estaban sentados a lo largo de la mesa se produjo un movimiento de expectación. Silenciosamente, los ricos tapices que ocupaban todo un lado del salón subieron como telones. Dejando a la vista media docena de grandes pantallas de televisión.

Estas pantallas se iluminaron en seguida, pero por el momento no mostraron otra cosa que una amplia panorámica de la monumental plaza que las fuerzas de la policía se esforzaban por mantener desierta impidiendo el paso de la muchedumbre que se apelotonaba en la desembocadura de las grandes avenidas.

Siguieron quince minutos de nerviosa espera. Los altos jefes del Ejército y la Armada conversaban en voz baja, rápida y distraídamente, lanzando continuas ojeadas a las pantallas de televisión. Sin previo aviso, éstas fueron conectadas con una cómoda tomavistas que debía estar emplazada en lo alto del edificio. - ¡Ahí están! -exclamaron cien voces agitadas.

En el cielo azul, destacándose sobre las nubes blancas acababa de aparecer una escuadra de cruceros siderales que estaba descendiendo sobre la ciudad. Todos los ojos se clavaron en la escuadra sin un pestañeo. La cámara siguió a los aparatos mientras éstos se acercaban. Al llegar sobre la plaza se detuvieron formando un círculo. El que estaba en medio empezó a descender verticalmente, en tanto el resto de la formación permanecía inmóvil, como anclada en el aire.

La acción saltó bruscamente a una cámara que debía estar emplazada en una de las ventanas del frontispicio del edificio. Lentamente, con suavidad de pluma, el crucero sideral descendió hasta casi rozar el pavimento de la grandiosa plaza. Allí se detuvo.

El silencio reinante en el salón era, tan completo en aquellos instantes que hubiera podido oírse perfectamente el volar de una mosca, si hubiera habido moscas en la Tierra. Miguel Ángel Aznar, que estaba de pie detrás de su padre, crispó nerviosamente las manos sobre el respaldo del sillón. Los ojos le lagrimeaban a fuerza de mirar a la pantalla más próxima.

Tragaba saliva incesantemente, tenso todo él como un muelle de acero que va a dispararse…

La portezuela de acceso al crucero sideral se entreabrió.

De un salto formidable, las lentes telescópicas de la cámara que trasmitía las imágenes acercaron la portezuela del aparato a sólo cinco metros de distancia. Un hombre apareció en el vano de la portezuela.

Era un terrícola enfundado en la armadura de vidrio de los astronautas.

El terrícola saltó a tierra. Levantó los ojos… En el hueco acababa de aparecer una grotesca figura, un muñeco de cuerpo cilíndrico parecido a un bidón metálico, con una voluminosa esfera sobre la tapa superior, a modo de cabeza. Dos robustos brazos articulados hacia el borde superior de la lata, y dos piernas tubulares que salían de la tapa inferior, completaban el ridículo parecido de este fantoche con un ser humano.

El muñeco vendría a tener la alzada de un hombre de estatura mediana, más bien baja, y hubiera resultado casi idéntico a los "robot" utilizados por las Fuerzas Armadas Terrícolas como Infantería Autómata a no ser porque estos últimos tenían los brazos y las piernas mucho más delgados.

El detalle más conspicuo del muñeco consistía en una ventanilla cuadrada situada en la parte anterior de la esfera que llevaba por cabeza. Por esta ventanilla, de unas cuatro pulgadas de anchura, asomaba un único ojo monstruoso, de color amarillo brillante, el cual recordó inmediatamente a Miguel Ángel, el ojo formado de múltiples hexágonos que el día anterior había visto sobre la mesa de trabajo del profesor Castillo. - ¡Bah! No es más que un hombre como nosotros metido dentro de una armadura -exclamó un general de división.

Y, una corriente de desencanto pasó como un soplo frío a través del salón de conferencias.

El hombre metálico estaba descendiendo las escalerillas. En el vano de la portezuela acababa de aparecer otro muñeco idéntico al primero. Miguel Ángel miró a los pies del visitante. ¡No eran unos pies humanos!

Y tampoco las manos eran humanas. Estas manos, caídas a lo largo de la lata cilíndrica y al extremo de unos brazos desproporcionadamente largos, eran a modo de los picos de unos alicates. Incluso tenían, como los alicates terrícolas, una doble muesca

circular y dentada hacia el centro de los picos.

Los muñecos, cuatro en total, no llevaban arma alguna visible. Descendieron sin apresuramientos del aparato. El tripulante terrestre que había bajado en primer lugar señaló hacia el edificio de las Fuerzas Armadas. El singular cortejo echó a andar en pos de su guía.

CAPITULO QUINTO

Que pase primero el comandante de ese buque que ha traído a los parlamentarios -ordenó el almirante Hidalgo.

La maciza puerta del salón se entreabrió y por ella entró un oficial de la Armada Sideral Terrícola. Era una mujer; una muchacha rubia, de ojos azules e ingenuos, nariz respingona y con algunas pecas en su rostro pálido y delicado.

- Se presenta el capitán de fragata Sofía Medina, de la Segunda División de Cruceros de la Cuarta Flota Sideral -anunció la muchacha cuadrándose y saludando.

El almirante Hidalgo le hizo seña para que se acercara, y mirándola con curiosidad, preguntó: -¿Así que es usted quien ha traído a los parlamentarios extranjeros?

- Sí, señor. -¿Les cogieron prisioneros?

- Nuestro buque fue alcanzado por los rayos perforantes del enemigo durante la batalla.

Los motores se pararon y cuando la Flota se retiró nos quedamos atrás. Como el impulso que llevábamos nos arrastraba hacia el interior del sistema solar no nos preocupamos mucho.

Pensé que siempre nos quedaba el recurso de acogernos a los botes más adelante, y yo confiaba en poder reparar las averías. Pero las "herraduras" volantes del enemigo nos alcanzaron poco después, y ya no hubo manera de eludirlas. -¿Qué ocurrió exactamente?

- Las "herraduras" se situaron a nuestro costado de estribor, nos asentaron un haz de rayos luminosos y... -¿Se ensañaron con ustedes volviendo a dispararles aquellos rayos perforantes?

- Nada de eso, señor. Los rayos no perforaron nuestro casco aquella vez. No hicieron más que empujarnos obligándonos a virar. ¡Nos obligaron a virar con tanta fuerza que todos nos fuimos de cabeza contra las paredes!

Un murmullo de admiración pasó a través de la sala.

- Sí, eso hicieron. Nos obligaron a describir una amplia curva que nos encaminó recto hacia la flota de autoplanetas enemigos. El viraje nos hizo perder el impulso que llevábamos y al fin quedamos parados en medio del espacio, a cosa de un centenar de kilómetros de los autoplanetas, que se habían detenido también. Poco después vimos llegar una "herradura" volante. Era igual que las otras, solamente que

mucho más grande. Se puso a nuestro lado. A través de la cubierta trasparente de su cabina pudimos ver a media docena de tipos metidos en armaduras cilíndricas. Nos hicieron señas. Comprendí que deseaban pasar a nuestro buque y ordené abrir la portezuela. También ordené al sargento Dusy que estuviera preparado para hacer volar el buque a una seña mía.

Miguel Ángel miró a la muchacha con sorpresa. Le admiraba comprobar que incluso entre una generación de pilotos en donde las virtudes militares de otras épocas parecían totalmente extintas era posible hallar todavía oficiales valientes, dispuestos al sacrificio.

La comandante Medina siguió narrando:

- Cinco de aquellos tipos pasaron a bordo. No traían armas aunque un par de ellos llevaban algo parecido a fundas de máquinas de escribir. -¿Por qué le parecían máquinas de escribir?

- Pues porque lo eran, señor -contestó la Medina-. Yo les conduje al salón de recreo.

Como el aire de nuestra cabina se había escapado por los agujeros, llevábamos puestas las escafandras. ¡Claro, no había manera de hablar con los forasteros, a menos que éstos tuvieran aparatos de radio como los nuestros! Pero ellos solventaron la dificultad de manera que entonces me pareció muy ingeniosa. Abrieron las máquinas de escribir. Los caracteres de las teclas de una de las máquinas eran totalmente desconocidos para mí. En la segunda máquina las teclas tenían caracteres de la escritura thorbod.

De nuevo un murmullo de comentarios interrumpió la narración de la comandante Medina.

El almirante Hidalgo tomó el mazo que tenía sobre la mesa y golpeó en un pedazo de madera reclamando silencio. Luego miró a la muchacha y dijo:

- Las teclas de la segunda máquina tenían impresos caracteres thorbod. Bien. ¿Qué ocurrió luego?

- Uno de aquellos tipos se dispuso a teclear en la máquina cuyos caracteres me eran desconocidos. Comprendí su idea, de manera que para ahorrar tiempo y demostrarle que también yo tenía sustancia gris le hice señas negativas y le señalé la otra máquina. El hombre me entendió: cambió de máquina y se puso a darle a las teclas con esas pinzas metálicas que llevaban en lugar de manos. Leí según iba escribiendo. En el papel ponía. "¿Conoce usted esta escritura? " Yo aparté al tipo aquel de un empujón, me puse ante la máquina y escribí debajo:

"Ha cometido usted una falta de ortografía en ESCRITURA".

Miguel Ángel sonrió, admirado tanto del buen humor como de la sangre fría de aquella joven. Esta añadió:

- Lo demás fue cosa fácil. Alternándonos ante la máquina de escribir

thorbod sostuvimos una breve conversación, poniéndonos de acuerdo. Ellos sólo querían que les condujéramos ante nuestro jefe, o representantes de nuestro gobierno. Nosotros queríamos regresar a la Tierra y accedimos. Así que luego de reparar las averías uno de aquellos tipos abandonó el buque llevándose la máquina de escribir que sobraba y los otros cuatro compañeros nos acompañaron. Eso es todo.

El almirante Hidalgo se volvió hacia el señor Aznar en tanto el murmullo de los comentarios volvía a elevarse de la concurrencia. -¿Qué opina usted de todo esto, almirante? -preguntó Hidalgo.

- Seguramente la opinión de la señorita Medina valdrá más que la mía en esta ocasión -contestó el almirante mayor-. Contésteme a esta pregunta, comandante Medina. "¿Sospechó usted alguna vez que aquellos "tipos" pudieran ser hombres grises metidos en armaduras?

- Sí, al principio. Pensé que la Bestia había vuelto y nos estaba tomando el pelo disfrazada de bicho raro. Luego comprendí que estaba equivocada. Si la bestia tuviera esos rayos que atraviesan nuestras corazas de "dedona" no tendría necesidad de fingir. Ni desearía tampoco parlamentar con nuestro Gobierno. Aparte de eso hay otros detalles en su forma de comportarse y hasta en su misma manera de moverse que destruye toda idea de fingimiento.

Luego está ese gran ojo amarillo. No es un simple cristal, sino un ojo verdadero. Un ojo que parece incrustado en la misma ventanilla de metal, que está vivo... que ve. Se clava en una y una se siente como traspasada, desasosegada, turbada... Produce... ¿cómo diría yo? La extraña sensación de que algo penetra en nuestro cerebro y empieza a hurgar en nuestros pensamientos.

En este momento, Miguel Ángel se volvió al oír el leve rumor de unos pasos detrás de sí.

Por la pequeña puerta de escape situada detrás de la presidencia acababan de entrar el profesor Castillo y su hija Pol. El almirante Hidalgo se volvió para atender a Castillo, y esta distracción fue aprovechada por la concurrencia para cruzar comentarios.

- Siento haberme retrasado -se excusó el profesor Castillo-. La policía había acordonado la plaza y no nos dejaban pasar.

- Bueno, todavía llega usted a tiempo. Los forasteros están esperando en la antecámara. ¿Trae preparado su informe?

- Sí-dijo Castillo.

Y el silencio se hizo por sí solo en la amplia sala.

El almirante Hidalgo se arrellanó nerviosamente en el sillón y dijo:

- Bueno, puede usted empezar. Sólo le ruego que sea breve. Tampoco conviene hacer esperar demasiado a los parlamentarios.

La señorita Castillo extrajo de una cartera de piel un manojo de folios mecanografiados que tendió a su padre. El profesor Castillo

empezó a leer su informe. Salvo por estar redactado en términos más científicos, la mayor parte venía a ser lo mismo que los Aznar escucharon de labios del biólogo la tarde del día anterior. No obstante, el informe incluía algunos detalles nuevos de interés.

"Por la robusta conformación de los órganos y miembros de esta criatura, así como por la ligereza de su peso, parece deducirse que se trata de un ser propio de un planeta cuya fuerza de gravedad supera en más de veinte veces la fuerza de gravedad de un planeta de la densidad de la Tierra. Sin que esto no implique juicio exento de ulterior rectificación. Creo que el ser en cuestión puede vivir perfectamente en un medio privado de oxígeno. En la composición de sus células, no obstante, forma también parte el agua. El metabolismo de este individuo es tan complicado que difícilmente podrá estudiarse de otra forma que no sea sobre un ejemplar VIVO".

- Esto es todo, al menos por ahora -dijo el profesor plegando los papeles y devolviéndolos a su hija-. No hemos podido hacer más en sólo veinticuatro horas.

- De todas formas es bastante y… muy interesante -dijo el almirante Hidalgo-. Sobre todo por eso de que sólo puede vivir en un mundo donde la fuerza de gravedad ha de ser veinte veces superior a la gravedad terrestre.

- Perdón -dijo Castillo-. No dije "sólo". En realidad quise decir que sólo pueden habitar en mundos de la densidad de Urano para abajo. -¿Ha dicho de la densidad de Urano? -exclamó Hidalgo pegando un brinco de sorpresa-. ¿Sabe que los autoplanetas de esa gente están anclados precisamente en una órbita de satélite alrededor de Urano?

- No, no lo sabía. -¡Caramba, caramba! -murmuró Hidalgo pellizcándose la barbilla.

- Almirante -dijo un general del Ejército venusino-. ¿Por qué no recibimos a los visitantes y salimos de dudas de una vez?

- Sí, háganlos pasar -dijo Hidalgo.

Un oficial de enlace salió de la sala. Por espacio de unos momentos se escuchó el sordo rumor que hacían pies y espaldas al cambiar de posición. Luego se hizo el silencio. Un silencio denso, profundo, terso y frágil como un cristal. La comandante Medina se colocó detrás del almirante Hidalgo, junto a Miguel Ángel y la profesora Polonia Castillo.

Las grandes puertas del salón se abrieron de par en par. Escuchóse un leve rumor de pasos. Y las extrañas criaturas metidas en armaduras cilíndricas de metal entraron en la sala.

Eran cuatro y entraron en parejas; dos delante y dos inmediatamente detrás. Andaban de una manera rara, con una rigidez de movimientos realmente grotesca; los brazos caídos e inmóviles a lo largo del cuerpo, contoneándose como los patos. Uno de los que

marchaban delante llevaba un papiro arrollado en la mano. Otro de los de atrás traía una pequeña maleta que debía de ser la funda de la máquina de escribir.

En medio de un silencio impresionante los forasteros dieron unos pasos hacia la mesa y se detuvieron. Sus esferas metálicas o escafandras giraron ligeramente a derecha e izquierda como para abarcar con la vista al conjunto de rostros expectantes vueltos hacia ellos. En este profundo silencio se escuchó en toda la sala la voz del almirante mayor qué siseaba.

- Señorita Medina. ¿No hablaron con usted o entre sí estos hombres en ninguna ocasión?

- Nunca les oímos pronunciar una palabra -aseguró la muchacha inclinándose hacia el señor Aznar.

- Comandante Medina -dijo el almirante Hidalgo-. Puesto que ya lo conocen a usted, ¿quiere indicarles que vengan hacia aquí?

La señorita Medina asintió y, siempre en un silencio impresionante, se dirigió hacia los hombres de hierro. El que empuñaba el papiro la miró y, comprendiendo la seña que le hacía la muchacha, le siguió hasta detenerse ante el almirante Hidalgo. Alargó el brazo y le tendió el rollo de papel que sujetaba con sus pinzas en forma de alicate.

Haciendo una mueca nerviosa. Hidalgo lo tomó y lo desarrolló sobre la mesa.

- Está escrito en lengua thorbod -anunció después de echar un vistazo a los caracteres mecanografiados-. Intentaré traducir según voy leyendo. Dice así:

El almirante Hidalgo carraspeó y leyó en voz alta: -"Del Gobierno de Sadra al Gobierno Confederado Terrícola. El Gobierno de Sadra saluda al Gobierno Confederado Terrícola. Le notifica oficialmente su arribada a esta galaxia. Le expresa su sentimiento por el incidente ocurrido entre nuestras respectivas flotas. Le expresa sus sinceros deseos de llegar a una inteligencia que permita una convivencia pacífica entre nuestros dos pueblos. Le advierte que la nación sadrita se dispone a acondicionar para su albergue el planeta llamado Urano. Le asegura que sólo desea dedicarse en paz a esta tarea. Le promete que no se injerirá en los asuntos del pueblo terrícola. Le sugiere intercambios de garantías en pro del mantenimiento de la paz y la buena amistad entre los dos pueblos. Esto dice el Gobierno de Sadra al Gobierno Confederado de las naciones Terrícolas. Los delegados sadritas esperan obtener una respuesta."

El almirante levantó los ojos del papiro mirando a la doble fila de rostros sorprendidos vueltos hacia él.

- Esto es todo -informó.

Los cien generales y almirantes que constituían el Estado Mayor General se miraron unos a otros. Difícilmente podrían decir qué era lo

que esperaban, y, sin embargo, daban muestras de sorpresa, de confusión y de alarma.

- El pueblo sadrita posee al menos una virtud -dijo don Miguel Ángel Aznar en medio del estupor general-. Es breve y conciso en la exposición de sus deseos.

Todos los ojos se volvieron ahora hacia las cuatro absurdas y nada tranquilizadoras figuras de los emisarios.

- Sugiero - dijo el almirante mayor- que hagamos salir a esta comisión de la sala antes que empecemos a gritar y gesticular.

- Sí -dijo Hidalgo-. Resérvense sus opiniones para luego. Señorita Medina; dígales a estos hombres que deberán esperar o volver otro día por la respuesta. Que no podemos… ¡en fin!, que no es asunto que nosotros podamos decidir, sino cosa de nuestros presidentes… de nuestros gobiernos confederados, ¿comprende?

La comandante Sofía Medina asintió. Fue hasta el individuo que llevaba la máquina de escribir, se la cogió sin que el extraterrestre ofreciera resistencia y la puso sobre la mesa.

- Sería preferible que usted me dictara la respuesta, almirante -indicó la muchacha al descubrir la máquina.

Hidalgo le dictó la respuesta en lengua thorbod, idioma conocido por todos los presentes, a excepción quizá del profesor Castillo y la hija de éste. La señorita Medina, que no era ciertamente una gran mecanógrafa, sacó el papel del carro y lo tendió al que parecía jefe de los emisarios.

El grotesco muñeco de metal tomó delicadamente la hoja entre sus pinzas, lo levantó hasta la altura del monstruoso ojo que asomaba por la ventanilla y lo sostuvo así unos instantes.

Luego ocurrió una cosa extraña. Uno de los otros tres parlamentarios que se mantenían alejados de la mesa y de su compañero; y que era muy poco probable hubiera podido leer lo que la señorita Medina escribía, se acercó a la máquina y se puso a teclear en ella.

- A mí que no me digan -refunfuñó un almirante que estaba cerca de la máquina-. Estos tipos se comunican entre sí por radio, o éste no contestaría a lo que ha leído su compañero.

La contestación de los parlamentarios, leída poco después por el almirante Hidalgo, decía así:

"La comisión sadrita esperará todo el tiempo que sea preciso". -¡Caramba! esto nos va a crear muchas complicaciones -exclamó Hidalgo-. ¿Dónde vamos a alojar a esta gente? -¿Por qué no los conducen a la Universidad? -sugirió el profesor Castillo con rapidez-.

Eso nos permitiría examinarlos. Quizá podamos averiguar algo más sobre ellos. -¡Oh, de acuerdo! Lléveselos usted. Que le acompañe la señorita Medina. Su presencia tranquilizará a nuestros huéspedes.

La comisión se encaminaba ya hacia la salida en pos de la señorita Medina, cuando el señor Aznar retuvo al profesor Castillo por un brazo y le dijo:

- Contésteme a una sola pregunta, profesor. ¿Cree usted que son hombres bastante parecidos a nosotros los que van dentro de esas armaduras?

- No, ¡qué absurdo! Nadie construiría una armadura tan terriblemente incómoda para meterse dentro. -¿Aunque su anatomía se ajustara a las formas de un cilindro?

- La naturaleza no crearía jamás un ser de anatomía cubista. Observe los centenares de miles de seres que ha creado la naturaleza terrestre. ¿Hay alguno que no tenga perfiles redondeados? No. Lo que hay dentro de esos grotescos muñecos no puede ser un hombre. -¿Qué es entonces? -preguntó el almirante Hidalgo. -Basta mirar a ese ojo amarillo de nuestros visitantes para comprenderlo. No se trata de un ojo asomado a una ventanilla, sino de un ojo perfectamente acoplado a ella. Con toda seguridad, el ser que habita en el interior de esas armaduras sólo ocupa un espacio en la cabeza del muñeco. -¿Cómo dice? -gritó Hidalgo sobresaltándose.

- Que "todo el hombre" metido en una de esas armaduras es ni más ni menos el pequeño ser que encontramos muerto en Oberón, y yo he estado estudiando durante las últimas veinticuatro horas: -¡Eso es absurdo! -gritó el almirante. A lo que el biólogo contestó muy sereno:

- Al contrario, se trata de pura lógica. El ojo del animalito muerto es idéntico a los ojos de estos muñecos metálicos De ello se deduce que el animalito y los "hombres" que nos visitan pertenecen a la misma naturaleza de titanio. Si el animalito procede de un mundo donde las fuerzas gravitatorias que actúan sobre su cuerpo son veinte veces mayores que la fuerza de gravedad terrestre, el "hombre" de ese mismo mundo no podría tener jamás nuestra talla.

Habría de ser tan diminuto y ligero como el animalito, Y LO ES CON TODA PROBABILIDAD. El "hombre" que ha llegado a esta galaxia tripulando grandes autoplanetas, que ha creado unos rayos perforantes y se dispone a colonizar el planeta Urano, ¡es el pulpo que yace sobre la mesa de mi laboratorio!

Un silencio profundo siguió a las palabras del profesor Castillo. -¡Cielos, no puedo creerlo! -murmuró el almirante Hidalgo-. Es... ¡fantástico! -¡Y tan fantástico! -exclamó un almirante de la División Sideral Venusina-. ¡Es disparatado! -¿Por qué disparatado? -preguntó desafiante el profesor Castillo.

- Unos miserables pulpos como el bicho que usted nos ha descrito en su informe, que no tiene manos, ni habla, ni oye... ¡no me dirá usted que puede construir autoplanetas y hasta inventar esos rayos que atraviesan nuestra "dedona"! -¿Y por qué no? Dígame cuántas

piezas del reloj que lleva en la muñeca ha hecho usted con sus propios dedos. -¡No es lo mismo! -protestó el venusino. -¡Oh, claro que lo es! -exclamó el sabio riendo-. Usted me dirá que las máquinas han hecho la máquina de su reloj. Pero la máquina que ha hecho la máquina de su reloj, también fue construida por una máquina. En realidad y para encontrar al hombre fabricando cosas con sus propias manos, tenemos que remontarnos a la edad de piedra. El hombre construye un tosco martillo de piedra, y con este martillo bate el cobre fabricándose otro martillo de metal. De esa herramienta, saldrán todas las demás herramientas y las toscas máquinas que harán otras máquinas más y más perfectas. Las manos del hombre no pueden coger el metal fundido, ni pueden golpearle, ni darle forma con sus dedos. Pero ayudándose del martillo y las tenazas, el hombre dará forma al metal fundido. Y ahora dígame si existe alguna razón capaz de impedir que un pulpo empuñe un martillo, ¡No hay ninguna! La única condición que se exige al pulpo es que tenga inteligencia para dirigir los golpes del martillo. Y entonces puede ocurrir que cierta especie de pulpo extraterrestre posea cien veces más inteligencia que un hombre de la Tierra.

Con su inteligencia y sus auxiliares, las máquinas y las herramientas, el pulpo puede llegar tan lejos como el hombre. Quizá algún día conocerá al hombre y decidirá imitarlo. Y entonces construirá para tripularla, una máquina parecida a un hombre. Con esta máquina y su inteligencia el pulpo superará quizá al hombre de la Tierra. No se fatigará, será más rápido, elevará un peso diez veces mayor, centuplicará su actividad…

- Eso no deja de ser una fantasía -apuntó el almirante venusino.

Y el profesor Castillo contestó:

- No amigo mío. Lo que usted llama fantasía ha sido superado por la realidad. Hace quizá miles de años, la Bestia Gris, inquieta y viajera, ha llegado a un mundo donde una naturaleza de titanio conquistaba su planeta como el terrestre conquistó su propio mundo. Esta fue seguramente la primera vez que nuestro "mísero" pulpo, de una inteligencia realmente sorprendente, vio a la criatura que andaba derecha sobre dos patas y tenía unas extremidades provistas de dedos. El pulpo, que no tenía en su Naturaleza criatura de está clase a quien copiar, descubrió que la Vida podía adquirir otras formas más perfectas que la suya y decidió apropiárselas para su provecho. Del contacto entre los pulpos y la Bestia Gris sólo tenemos una prueba; los pulpos conocen la escritura thorbod y llevan consigo máquinas de escribir thorbod suponiendo que algún día encontrarán de nuevo a la Bestia Gris en sus correrías por el espacio. Los pulpos convertidos en astronautas han tropezado con nosotros, que también tuvimos relaciones con los thorbod. Gracias a esta coincidencia de contactos

los pulpos de titanio y los hombres de carbono de la Tierra han podido hoy comunicarse entre sí. Nada es fantástico, sino natural, lógico, inevitable. No sería piadoso, ni prudente, ni sensato, despreciar a estos pequeños seres que se presentan a nosotros metidos en cuerpos de metal. Aunque de aspecto, naturaleza y pensamientos distintos de los nuestros, "ellos" son también criaturas inteligentes... ¡Más inteligentes que nosotros quizá! Cuando tengan ustedes que deliberar acerca de cuál deberá ser su conducta convendría que tuvieran esto bien presente. No estamos ante una tribu de bichos cualquiera. "Ellos" han venido a quedarse. Y la pregunta es ¿cómo podremos impedírselo?

CAPITULO SEXTO

Aquel día, el profesor Ferrer acompañó a los Aznar en el vuelo matutino desde San Francisco de California a Washington capital. El Almirante Mayor estaba citado a las diez en punto para asistir a la reunión que a puertas cerradas iban a celebrar los tres presidentes de los planetas-estados confederados (la Tierra, Marte y Venus).

Después de dejar al almirante mayor ante las escalinatas del Palacio Residencial, donde iba a celebrarse la entrevista, Miguel Ángel Aznar volvió a remontarse en el aerobote acompañando al profesor Ferrer hasta la Universidad de Ciencias. -¿Va a entrar usted, o se marcha? -preguntó Ferrer al joven.

- Le acompañaré. No tengo nada que hacer hasta que papá salga de esa reunión, y sabe Dios lo que tardará.

Los dos hombres bajaron en el ascensor hasta los laboratorios. Como cuatro días atrás; la señorita Castillo hubo de salir a la puerta a hablar con los guardianes para que les fuera permitida la entrada a Ferrer y Miguel Ángel. Con más razón que nunca aquel piso de la Universidad estaba vigilado por el Ejército, ya que allí se encontraban los cuatro emisarios del Gobierno de Sadra. -¿Cómo están nuestros ilustres huéspedes? -preguntó Miguel Ángel a la muchacha en son de zumba. -¡Oh, supongo que bien! -¿Que hacen?

- Nada. Allí están los cuatro en el mismo sitio donde se les dejó, tiesos como postes, inconmovibles e indiferentes a todo cuanto les rodea. -¿Ni siquiera te han dedicado una mirada... una sonrisa... un requiebro? -preguntó Miguel Ángel.

A lo que Pol contestó: -¡Idiota!

Siguiendo a la bella profesora los dos hombres llegaron al laboratorio del profesor Castillo.

El famoso biólogo abandonó sus tubos de ensayo para estrechar afectuosamente la mano del joven ingeniero, doctor en Cibernética.

- Naturalmente -dijo Castillo-, habrá venido usted a echarle una mirada a nuestros huéspedes.

- Me gustaría verles, si fuera posible.

- Están encerrados en una habitación contigua con media docena de soldados ante la puerta. No le dejarán entrar, pero puede usted verles a través de la cámara de televisión que hemos instalado en su aposento.

El profesor Castillo condujo a Ferrer hasta un rincón en donde se veía una pantalla de proyección. Poniendo el televisor en marcha, el profesor Castillo señaló a los cuatro grotescos muñecos que acababan de aparecer en la pantalla.

- Ahí los tiene usted. No se han movido un milímetro de la posición en que se quedaron.

Llevan así cuarenta y ocho horas y apuesto a que podrían permanecer cien años más sin moverse.

- Son realmente extraordinarios -murmuró Ferrer-, ¿No han pedido comida…, nada de beber…, nada con qué distraerse?

- Nada. Dejaron caer la cortinilla metálica que cubre su ojo múltiple y… ¡hasta ahora! -¿Cree que estarán durmiendo?

El profesor Castillo se encogió de hombros. -¿Quién podrá penetrar jamás en el pensamiento de unas criaturas tan distintas de nosotros? -murmuró-. Quizá permanezcan aletargados. Quizá sostienen entre sí una conversación sin palabras, o yacen sumidos en profundas meditaciones de cuya sublimidad ni siquiera podemos formarnos una idea. -¿No ha intentado usted entablar conversación con ellos? -preguntó el profesor Ferrer.

- Sí, aunque sin resultado. Después que fueron traídos aquí les pregunté por escrito si necesitaban alimentos o alguna otra cosa. Uno de ellos escribió a máquina "no necesitamos nada". Y todos a un tiempo bajaron esas cortinillas metálicas como dando a entender que no deseaban ser molestados.

Las oscuras pupilas del ingeniero chispeaban de codicia al fijarse en la pantalla. -¡Lo que daría yo por poder coger a uno de esos muñecos y abrirle para ver cómo son por dentro! -¡No, por Dios! -exclamó Polonia Castillo riendo-. Ya sabe usted que la persona de un parlamentario es sagrada. -¿Pero una máquina no es una persona, verdad? -preguntó Ferrer con malicia. -¡Cuidado con lo que piensa, amigo mío! -amenazó la muchacha con un dedo-. Aunque una máquina sea cosa distinta de una persona, puede que nuestros huéspedes consideren sus armaduras como parte integrante de su personalidad. En fin, que no le permitimos que meta mano a ninguno de esos muñecos. Y la próxima vez que venga usted por aquí le registraremos antes para ver si lleva algún destornillador escondido.

Exhalando un cómico suspiro de pesar el profesor Ferrer se separó de la pantalla de televisión. El profesor Castillo cerró el aparato. -¿Y bien? -preguntó mirando a Miguel Ángel-. ¿Qué deliberaron los

señores generales y almirantes después de enterarse de las pretensiones de los extranjeros?

- Ya puede figurárselo usted. Estamos en un mar de confusiones, lo que se dice entre la espada y la pared. No podemos echar a esa gente de nuestro sistema solar y, por otro lado, su vecindad representaría un peligro y una preocupación constantes para nosotros.

- Ellos han manifestado deseos de vivir en paz con nuestro pueblo.

- Sí, más ¿quién se fiaría de esa promesa? ¿Quién podría obligarles a cumplir cualquier pacto que firmaran con nosotros? Ellos tienen esos infernales rayos que atraviesan las. corazas de nuestros cruceros y nuestros torpedos. El día que quieran, en cualquier momento, pueden arrollarnos, invadirnos, esclavizarnos o aniquilarnos. - ¿Y no creen ustedes que si los extranjeros desearan invadirnos no se habrían molestado siquiera en mandar una comisión de parlamentarios? -preguntó el profesor Castillo-. Si estamos inermes e impotentes bajo sus misteriosos rayos ¿a qué esperan para iniciar el asalto? -¡Oh! ¿Quién sabe? -exclamó Miguel Ángel-. Recién acaban de llegar a nuestra galaxia.

Tal vez quieran ganar tiempo para construir más aeronaves y mayor número de proyectores de rayos perforantes. -¿Y por qué no pensar que son gente realmente pacífica, que no desean más que vivir tranquilos en Urano y no necesitan ni desean invadir nuestros mundos?

- Un pensamiento así, podría resultarnos funesto a la larga. Compréndalo usted, profesor.

No podemos confiarnos a la simple esperanza de que estos intrusos deseen realmente vivir en paz con nosotros. Otra cosa muy distinta sería si nosotros poseyéramos esos rayos perforantes y ellos no… o que ambos los tuviéramos, al menos. Entonces sí. Entonces podríamos dejarles tranquilos en Urano, en la seguridad de poder rechazarles si algún día aspiraran a conquistar nuestros planetas. Pero confiar en sus promesas y cruzarnos de brazos ¡eso es imposible!

- Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Invitarles a que se marchen? ¿Lanzar contra ellos nuestras divisiones siderales corriendo el riesgo de perder una guerra que quizá no hubo necesidad de empezar? -preguntó el profesor Castillo.

- No, claro que no -murmuró el joven-. Tal y como están las cosas no podemos declararles la guerra. Incluso sería arriesgado indicarles la conveniencia de que se fueran. La verdad es que no podemos hacer nada. Nada, excepto esperar. -¿Esperar, a qué? -preguntó la señorita Castillo.

- Pues… no sé -murmuró Miguel Ángel-. Quizá a conocer mejor las verdaderas intenciones de esa gente. O encontrar una defensa contra sus rayos perforantes… ¡Tal vez a descubrir el secreto de esos mismos

rayos! ¡Eh! ¿Qué dice usted a esto, profesor Ferrer?

El ingeniero sacudió la cabeza con pesimismo.

- Hace mucho tiempo que desistimos de su estudio. Una y otra vez, durante miles de años, hemos tomado y vuelto a dejar el problema de la luz sólida dándole vueltas y más vueltas sin dar con la solución. No existe ninguna razón para esperar que seamos más afortunados en un nuevo intento. -¡Pero ahora sabemos que existen..., que es posible producirlos..., que hay una solución para el problema! -exclamó Miguel Ángel.

- Bueno. Saber que existen es un acicate indiscutible. Pero no basta. Es posible que nos falten todavía algunos milenios de civilización y constante progreso... ampliar mucho más nuestros conocimientos actuales... para llegar a la solución del problema. ¿Comprende? -¡Oh, oh! -exclamó Miguel Ángel sintiéndose dominado de sorda rabia impotente-, ¿Por qué no me daría a mí por estudiar ciencias en vez de astronáutica? Si yo fuera un científico...

- No tendríamos que preocuparnos -aseguró rápidamente la profesora Castillo-. A estas horas el profesor Miguel Ángel ya tendría su rayo perforante en el bolsillo.

Miguel Ángel Aznar clavó sus centelleantes pupilas en las burlonas y maliciosas de la joven.

- Yo no digo que lo tuviera en el bolsillo -refunfuñó, en tanto Ferrer y el profesor Castillo se sonreían-. Pero que me rompería la cabeza buscándolos..., que me encerraría a pan y agua hasta encontrarlos ¡eso es tan cierto como me llamo Miguel Ángel!

Después de esto, naturalmente, la conversación ya no pudo seguir por el cauce de suma formalidad que discurría antes. Además; la salida de Polonia Castillo había herido profunda y dolorosamente a Miguel Ángel en su amor propio. Y el joven no trató de disimularlo.

Precisamente sospechaba que la hija de Castillo le compadecía por su falta de interés en los temas puramente científicos, de manera que la ironía de Pol no hizo sino empeorar la cosa.

Tras un rato de conversación el profesor Ferrer bajó al laboratorio del piso inferior para ver el metal de que estaba hecha la esfera donde se encontró al pulpo de titanio.

- Yo también me marcho -dijo Miguel Ángel entre dientes-. Sospecho que mi presencia aquí no sea muy grata a cierta gente.

Miguel Ángel, desde luego, esperaba que al menos la profesora le miraría con sorpresa.

Pero la profesora ni siquiera debió escuchar sus palabras.

- Adiós -contestó distraídamente.

Moralmente aniquilado el joven se dirigía hacia la puerta cuando vio entrar a la capitana de fragata Sofía Medina. La muchacha, que en esta ocasión no vestía la recia armadura de cristal con la cual conoció

a Miguel Ángel, sorprendió a éste por la esbelta y admirable proporción de su delicada figura.

- Buenos días -saludó Miguel Ángel-. ¿Qué hace usted aquí?

La joven, que vestía el ajustado pantalón azul y la casaca roja de las Fuerzas Siderales, se quedó mirándole con atención.

- Hola -murmuró-. ¿Usted es?...

- El mismo -aseguró Miguel Ángel tendiéndole la mano-. Nos conocimos anteayer en la entrevista de los parlamentarios con el Estado Mayor General. No pude presentarme entonces.

Mi nombre es Miguel Ángel Aznar. -¿También usted se llama así? -murmuró la joven con disgusto. -¿Por qué dice "también"?

- Porque hay millares de Aznares que se llaman Miguel Ángel. -¿Y no le gusta a usted? -inquirió Miguel Ángel regocijado.

- No. Para mí sólo hay un Miguel Ángel Aznar, y éste es el héroe de la familia, nuestro superalmirante. Es indigno que cualquier petimetre, por el simple hecho de pertenecer a esa familia, se crea con derecho a llevar el nombre de pila del fundador de la dinastía.

- Tiene usted razón, es indigno y casi hasta inmoral -aseguró el joven con profunda gravedad.

- Bueno -dijo la señorita Medina-. Me parece que es usted un guasón de tomo y lomo.

Me da igual que usted se llame Miguel Ángel.

- Tampoco a mí me ofende que usted se llame Sofía.

Ella le dirigió una mirada de perplejidad y dijo:

- En fin, he tenido mucho gusto. Si me permite...

- Un momento -dijo Miguel Ángel cerrándole el paso-. Todavía tenemos mucho de qué hablar. ¿A qué viene esa prisa?

- Estoy aquí en acto de servicio. Voy a conducir a estos tipos de hojalata a presencia de los señores presidentes. -¿Pues ha terminado la entrevista?

- No pero está para terminar. Me han ordenado que espere aquí. Me advertirán por teléfono cuando debo marchar hacia el Palacio. -¿Por qué le han encargado esta misión? ¿Creen acaso que los hombres de hojalata sienten alguna predisposición especial hacia usted?

- Eso parece. -¿Pero no será cierto, verdad? ¡Cielos, esos tipos tan raros no pueden haberse enamorado de usted!

- Oiga, señor petimetre. Ya ha dicho bastantes tonterías. ¡Apártese de delante o le arrollo! -¡No, por Dios! Pero prométame una cosa, No se casará usted con ninguno de esos hombres de hojalata.

La señorita Medina, que ya había echado a andar, se volvió en seco con las bellas pupilas relampagueantes. Miguel Ángel, que vio venir la bofetada se puso a salvo de un salto. -¡Mequetrefe! -masculló la muchacha. Y volviéndole desdeñosamente la espalda echó a andar.

Miguel Ángel se quedó un rato contemplándola divertido y luego

tomó el ascensor para subir a la azotea. Pocos minutos más tarde se posaba con la lujosa falúa ante la fachada del Palacio Residencial. Como tenía la certeza que no le permitirían entrar en el edificio se dispuso a esperar en la cabina del aerobote.

Llevaba media hora allí cuando vio llegar una falúa de la Armada que se posó a corta distancia de la suya. La señorita Medina y los parlamentarios sadritas se apearon del aerobote, entrando a continuación en el Palacio.

La entrevista fue breve. Apenas habían transcurrido diez minutos cuando los emisarios sadritas volvieron a aparecer en la puerta del Palacio, acompañados esta vez del almirante Hidalgo, el Almirante Mayor y un pequeño grupo de engalanados ayudantes. Los terrícolas permanecieron al pie de la escalinata mientras los grotescos muñecos de metal y la señorita Medina volvían a subir a la falúa y se remontaban en el aire perdiéndose de vista.

El señor Aznar y el almirante Hidalgo se despidieron, dirigiéndose cada cual a su aerobote. -¡Hola, almirante! -saludó Miguel Ángel cuando su padre tomaba asiento a su lado. ¿Qué tal resultó la reunión? ¿Vamos a la guerra, a la paz, o a ninguna de las dos cosas?

- La comisión sadrita regresa a Urano llevando una nota donde el Gobierno Confederado expresa su confianza en llegar a una convivencia pacífica con el pueblo de Sadra, si es eso lo que quieres saber.

Miguel Ángel espió con el rabillo del ojo la expresión preocupada del rostro de su padre. El aerobote se remontaba por encima de la cúpula del rascacielos gubernamental.

- Yo aseguraría que la resolución de los presidentes no te ha dejado muy satisfecho. -¡Pobres presidentes! -exclamó el señor Aznar-. ¿Acaso lo están ellos mismos? No podían hacer más de lo que han hecho.

- O sea, nada.

- Sí, nada -refunfuñó el "superalmirante" irritado-. Nada más que felicitar a los sadritas por su arribada y desearles toda suerte de éxitos en su propósito de colonizar Urano.

- Bueno, ese es el contenido de la nota oficial. Pero extraoficialmente, entre nosotros... ¿qué habéis decidido?

- Armarnos a toda prisa con rayos sólidos o perforantes. Sea como sea, cueste lo que cueste, hemos de conseguirlos. -¡Pues como no vayamos a quitárselos a los mismos sadritas! El profesor Ferrer se muestra francamente pesimista a este respecto. No ve la posibilidad de que nuestros científicos puedan crear esos rayos dentro de los próximos dos mil años.

- Sí, eso es lo que han dicho los científicos en su informe. Pero los científicos son algo tontos, de manera que no vamos a tener más remedio que ayudarles un poco. -¿"Vamos", dices? ¿Quién va a

ayudarles?

- Pues nosotros, los hombres de acción? -¿Y cómo? -preguntó Miguel Ángel sobresaltándose.

- Tú mismo acabas de decirlo. Yendo a quitarles esos proyectores de rayos a los extranjeros para que nuestros cachazudos sabios puedan examinarlos y exclamar "Eureka" Y todavía habrá quién dirá: " ¡Hombre, con lo sencillo que era!" -¡Pero si estamos con los sadritas en relaciones de convivencia pacífica!

- No seas tonto, hijo mío. No vamos a declararles la guerra a los forasteros, sólo para tener una ocasión de apoderarnos de uno de esos condenados proyectores de rayos.

- No soy tan tonto -refunfuñó Miguel Ángel-. Sé bien lo que quieres decir. Se envía un comando a Urano... se busca la ocasión... ¡Zas! Un golpe en la nuca al primer muñeco que pase con un fusil lanzador de rayos y ya está. Lo que me pregunto es qué ocurrirá si ese comando fracasa y los sadritas...

- Es preciso correr el riesgo. Si los sadritas pillan a nuestros comandos pues...! ¡Para eso está la diplomacia! Se dan excusas... se busca al desautorizado autor del estropicio... se arma un bollo... ¿Y qué diablos? Si al fin se arma la guerra por esa causa más vale que empecemos ahora, cuando los forasteros la rehúyen. Naturalmente es preferible que no se descubra a nuestro comando. Por eso han de ser pocos, selectos... y dispuestos a todo.

- Naturalmente, habrás pensado en mí. -¿Para tomar parte en esa?... ¡Oh ni que lo sueñes! -exclamó el señor Aznar pegando un respingo.

Buscando mecánicamente la azotea de la Universidad Ciencias con la mirada, Miguel Ángel Aznar sentía palpitar aceleradamente su corazón. ¡He aquí la gran oportunidad que esperaba!

Aunque una empresa de aquella índole implicaba necesariamente un gran riesgo, el joven ni siquiera se detuvo a pensar en la posibilidad de morir. Se imaginaba ya camino de Urano, burlando la vigilancia del enemigo, desembarcando en el árido y humeante planeta, regresando victorioso con el ejemplar precioso que salvaría al mundo de la destrucción a manos de aquellas criaturas extraterrestres...

- Papá -dijo con voz ligeramente ronca. -Me hago cargo de tus sentimientos de padre, pero no puedes impedir que yo forme parte de ese comando. -¡Oh, pues claro que puedo, grandísimo majadero! -restalló el temible "superalmirante"-.

Todavía tengo bastante influencia para impedir que te admitan en el grupo.

- Tú no harás eso ¡oh no lo harás! -protestó Miguel Ángel sintiéndose invadido de terror ante la certeza de que su padre sí lo

haría-. No tienes derecho, no es justo... ¿Qué hubieras dicho tú si tu padre te hubiera impedido tomar parte en la reconquista de "Valera"... o en la guerra contra el Imperio de Nahum... en el asalto a la base thorbod que os permitió la fuga de aquel planeta y...

- Mi padre no podía impedírmelo -cortó el señor Aznar secamente-. Había muerto.

- Pero la abuela sí que vivía y te acompañó a todas partes en aquellos terribles años. ¿Cuándo te impidió que te jugaras la vida, o que te metieras en empresas que otros hubieran podido realizar por ti? ¡Di!

- Miguel Ángel -rugió el "superalmirante"- no puedes comparar una cosa con otra. Las circunstancias me obligaron a correr mil riesgos que no deseaba en absoluto. Siempre que tuve que dar la cara había en juego cosas preciosas, tales como la salvación de millones de almas, de planetas ¡hasta de humanidades enteras! -¿NO está ahora en juego la libertad, quizá la vida de toda la humanidad terrícola? ¡Di! ¿No lo está? -¡Claro que lo está! Pero no serás tú quién la salve. -¿Quieres privarme de esa satisfacción? -chilló el joven.

Y el almirante mayor gritó: -¡Quiero evitarle un disgusto a tu madre!

- Ella no lo sabrá.

- Por fuerza habría de saberlo, si te mataban.

- No hay que temer lo peor. No...

- Un padre siempre teme le peor cuando se arriesga un hijo suyo.

- Si todos los padres pudieran prohibir a sus hijos... -¡Ea, se acabó! -bramó el "superalmirante"-. ¡No irás, te lo prometo! Y no se hable más del asunto.

El joven plegó los labios con fuerza. Conocía bien a su padre y sabía cuán inútil sería insistir. Mascullando mentalmente maldiciones contra los padres tiranos y absolutistas, Miguel Ángel posó la falúa en la azotea de la Universidad.

- Ve a la conserjería y avisa a Ferrer por teléfono -ordenó el señor Aznar secamente.

Miguel Ángel se apeó del aparato y fue a avisar a Ferrer. Luego regresó junto a la falúa y enfurruñado, ceñudo, anunció:

- Si no te importa voy a quedarme en Washington. Esta misma tarde me reintegraré a mi Unidad.

- Haz lo que te dé la gana -contestó brusco el "superalmirante".

La falúa partió hacia San Francisco sin Miguel Ángel Aznar.

Media hora más tarde, al entrar en su domicilio particular, el almirante Hidalgo se sorprendió encontrando al hijo del Almirante Mayor que le estaba esperando. El almirante, que venía acompañado de Keiper, depositó su brillante casco sobre un velador y preguntó: -¿Qué te ocurre, muchacho?

Miguel Ángel decidió afrontar el tema con audacia.

- Acabo de saber por mi padre que se ha pensado enviar una fuerza de comandos al Planeta Urano. Sin que esto signifique presunción por mi parte, creo que a donde otros vayan también puedo ir yo. Quiero decir con esto que sin causar ninguna extorsión a los planes del Mando me consideraría muy honrado pudiendo tomar parte en esa acción.

El almirante Hidalgo cruzó una mirada de perplejidad con el contraalmirante Keiper. -¿Sabes el riesgo que van a correr los hombres de ese comando, Miguel Ángel? -preguntó el almirante-. Una condición indispensable que se exige a los hombres o mujeres que han de participar en esta acción será que estén dispuestos a todo. "Todo", en lenguaje militar, sólo tiene un significado. Si son descubiertos nuestros comandos no se dejarán capturar vivos.

- Señor -contestó Miguel Ángel-. Si esa misión no implicara algún riesgo ¿merecería la pena participar en ella? Quiero ir, de todos modos. Se lo suplico.

Nuevamente cruzó el almirante una mirada con su ayudante Keiper. El contraalmirante negó rápida y brevemente con la cabeza. Miguel Ángel vio esta imperceptible seña y se consideró perdido. Hidalgo no le permitiría ir. Al menos no se lo permitiría sin antes haber hablado con el Almirante Mayor.

- Está bien, muchacho -dijo el almirante volviéndose hacia el angustiado joven-. Puesto que estás deseándolo irás en ese comando. Es más; te nombraré jefe del comando.

Miguel Ángel Aznar abrió sus azules ojos de par en par. Era esto tan distinto de lo que esperaba después de ver la seña de Keiper que no podía dar crédito a sus oídos. - ¿Lo dice en serio, señor? -tartamudeó.

- Un almirante de la Armada Terrícola sólo tiene una palabra, muchacho -repuso Hidalgo gravemente-. Ve tranquilo.

Tan confuso, tremendamente feliz se sentía Miguel Ángel, que se despidió atolondradamente olvidando incluso darle las gracias al almirante. Este le siguió con la vista hasta que la puerta se hubo cerrado. Entonces se volvió hacia Keiper.

- Señor -dijo Keiper sin disimular su disgusto-. Temo que no se dé usted cuenta de lo que acaba de hacer. Cuando el almirante mayor se entere de esto va a poner el grito en el cielo.

- Aznar no se enterará -contestó Hidalgo sonriendo.

- Si el muchacho tiene mala suerte y se queda en Urano, el señor Aznar tendrá que saberlo por fuerza. ¡Y entonces nos hará a nosotros responsables de la muerte de su único hijo varón! ¡Oh, señor Hidalgo! ¿No le hice señas para que dijera que no? Al menos ¿por qué no le dio una excusa mientras telefoneábamos al señor Aznar preguntándole si aprobaba la idea de su hijo?

- Porque si se lo preguntamos nos dice que no.

- O sea, que usted sabe positivamente que el señor Aznar se disgustará ¿y deja ir al muchacho?

- Keiper -murmuró Hidalgo-. ¿Usted tiene presentimientos?

- Alguna vez -contestó el contraalmirante sorprendido-. Pero no les hago caso.

- Yo sí. Y ahora tengo un presentimiento. Él chico de Aznar regresará sin un rasguño. - ¡Alabado sea Dios! ¿Y deja ir al muchacho… sólo por ese presentimiento? Su padre se enfadará igual, aunque regrese con vida. Y si usted se equivocara en su presentimiento y el joven Aznar muriera durante esa incursión… ¡No quiero pensar en lo que pasaría!

- Mire, Keiper -dijo el almirante gravemente-. Desde hace miles de años, siempre que la humanidad se ha visto a punto de perecer, ha habido un Miguel Ángel Aznar ejerciendo de instrumento de la Divina Providencia para salvar el mundo. El mundo corre ahora inminente peligro de perecer. Nuestro futuro depende quizá del éxito de este comando que vamos a enviar a Urano. Si no hubiera un Miguel Ángel Aznar metido en todo esto, la misión podría fracasar y la Humanidad sucumbiría frente a los rayos sólidos de esos intrusos extranjeros. - ¡Dios mío! -exclamó Keiper estupefacto-. ¿Está hablando en serio?

- Sí. Tengo el presentimiento de que ese muchacho, otro Miguel Ángel Aznar, ha sido designado por Dios para salvar de nuevo nuestra civilización. Será una tontería, si usted quiere.

Pero en un caso de la gravedad del nuestro yo no me atrevería jamás a desoír la voz de un presentimiento. Miguel Ángel irá a Urano.

CAPITULO SEPTIMO

Los sentimientos de la capitana Sofía Medina no eran precisamente de encendido entusiasmo cuando volaba a través del Atlántico camino del Lago Victoria (África).

Apenas llevaban transcurridos quince días desde que regresó de Urano, en cuyas proximidades despidió a la comisión de parlamentarios extranjeros, y ya estaba embarcada de nuevo en otra misión.

Ahora debía ir al antiguo arsenal del Lago Victoria para hacerse cargo de un buque que debería conducir a Ganimedes (satélite de Júpiter).

Se preguntaba Sofía, y con razón, qué bicho le habría picado al Mando o en qué superior jerárquico habría inspirado manía persecutoria para verse abrumada con esta sucesión de "misiones especiales". Nadie se acordaba siquiera de que existía antes de aquel encuentro con los extraterrestres. Pero a partir de su llegada a la

Tierra conduciendo a los parlamentarios extranjeros no le habían dejado parar un momento.

Sofía creía tener derecho a un permiso después de la última misión. Como éste no le fue concedido, su humor no era exactamente de lo mejor al aterrizar.

En el arsenal del lago Victoria, pudridero de viejos buques siderales que aguardaban amontonados a ser desguazados, Sofía recibió el aparato que debería llevar a Ganímedes.

Se trataba de un viejo destructor sideral, venerable anciano de más de dos mil años de edad que llevaba medio siglo sin prestar servicio y mostraba en su herrumbroso casco las señales de numerosos impactos de aerolito. Este buque como todos los de su misma categoría dentro de la Armada Sideral Terrícola, había sido construido copiando fielmente la forma de un tiburón.

Hacía medio siglo que no se utilizaban ni construían aparatos de esta clase. Al tenerse que reconstruir la Armada después de haber quedado aniquilada en la lucha entre los rebeldes de "Valera" y las fuerzas gubernamentales mandadas por el "superalmirante" Aznar, los antiguos modelos de destructores, cruceros y acorazados, habían sido reemplazados por un nuevo tipo de crucero sideral, menos pintoresco que el antiguo crucero en forma de esturión, aunque mucho más práctico y efectivo. -¿Está usted seguro que es este trasto el que he de llevar a Ganímedes? -preguntó Sofía al oficial encargado del arsenal.

- Completamente seguro, desde luego -contestó el oficial.

- No lo comprendo ¿Para qué demonios pueden necesitar este vejestorio en Ganímedes?

El oficial se encogió de hombros y le presentó a los dos hombres que iban a ayudarle a conducir el buque. Sofía partió rumbo a Ganímedes.

- Voy a ser el hazmerreír de la Flota en cuanto llegue a Ganímedes -se dijo Sofía.

Pero el Mando, por lo visto, había dispuesto las cosas para que Sofía y su buque no se convirtieran en blanco de las bromas de los oficiales de la Primera, Segunda y parte de la Tercera Flota, estacionadas en Ganímedes. Cuando se encontraban cerca del satélite, Sofía recibió un radio ordenándosele tomar tierra en un punto que, al ser verificado por la joven sobre el mapa, resultó ser una llanura esteparia de la zona de transición entre el hemisferio de Ganímedes calentado por el calor de Júpiter y el hemisferio cubierto de hielo, sólo iluminado por el lejano Sol.

- Hay algún tornillo que anda flojo en el engranaje del Estado Mayor -se dijo Sofía.

Pero como disciplinado oficial que era cumplió la orden sin rechistar y condujo el viejo destructor al punto donde se le había

ordenado. Como imaginaba el lugar estaba completamente desierto.

Se trataba de un paraje solitario, salpicado de altos y leñosos arbustos de continuo azotados por el viento. Grandes nubes de polvo avanzaban por esta desolada llanura, una detrás de otra dificultando la visibilidad. Sofía Medina voló describiendo círculos por encima del punto que le señalaba el radiogoniómetro sin ver caía, choza o bicho viviente alguno.

Radió a la Base:

- Aquí no hay nada ¿Qué hago?

- Aterrice y espere -fue la lacónica respuesta.

Y Sofía se dispuso a esperar. Decidida a tomarlo con calma se echó a dormir. Durmió ocho horas seguidas, se levantó, comió y se puso a jugar a las cartas con los hombres de la tripulación. Tenía el aparato de televisión en marcha, y de vez en cuando levantaba los ojos para echarle una mirada.

Llevaban una hora jugando cuando de pronto al levantar los ojos, vio medra docena de figuras que se acercaban lentamente envueltas en nubes de polvo. Sofía se quedó mirando a esas figuras con especial atención. El corazón empezó a latirle con fuerza. Porque los tipos que se acercaban no eran personas corrientes. ¡Eran muñecos metálicos como los que había llevado en su crucero de Urano a la Tierra y de la Tierra a Urano! -¡Recáspita! -exclamó pegando un salto.

Los dos tripulantes, que ya tenían referencias de aquellos seres extraordinarios por haberles visto en la televisión, se pusieron a un tiempo en pie con expresión de alarma y sorpresa en los semblantes. -¡Hombres de Urano! -exclamaron porque así se había dado en llamarse a los que se proponían habitar en el planeta. -¡Pronto, pongan en marcha los motores! -gritó Sofía-. El enemigo ha comenzado la invasión de Ganímedes!

- Si nos ven huir nos destrozarán con sus rayos perforantes -exclamó uno de los astronautas-. ¡Miré, nos hacen señas!

Sofía vio que, en efecto, los grotescos muñecos les hacían señas con los brazos. Las pinzas que remataban estos brazos metálicos no empuñaban arma alguna. Los extraterrestres estaban desarmados. -¿Qué hacemos? -preguntó un astronauta, preparado para echar a correr.

- Esperen -dijo Sofía-. Algo viene detrás de los robots.

Y así era. Un vehículo avanzaba lentamente entre las densas nubes de polvo, siguiendo a los muñecos extraterrestres. ¡Era un camión oruga! -¡Es un automóvil de los nuestros! -exclamó el astronauta-. ¡Y es un terrícola quien lo guía!

Sofía se quedó mirando con estupor el rezongante camión que avanzaba en pos de los muñecos. Era un vehículo grande del modelo descapotado que utilizaba el ejército terrícola. El hombre que

empuñaba él volante y el que iba sentado a su lado eran seres humanos.

Sofía se tranquilizó... un poco. Dos posibilidades apuntaron en su mente. Una; que los muñecos fueron conducidos prisioneros por los hombres del camión. Otra; que los hombres del vehículo fueran extraterrestres, a pesar de todo. Al fin y al cabo, mucha gente seguía creyendo que los muñecos, no eran otra cosa que armaduras de seres bastante parecidos al terrícola, aunque aquel loco profesor Castillo dijera que el tripulante de aquella armadura fuera un pequeño pulpo.

- Abran la puerta -ordenó a sus hombres.

Y ella misma siguió a los dos astronautas hasta la portezuela de acceso del aparato... después de recoger la pesada pistola de ordenanza que tenía en su camarote.

Al abrirse la puerta, Sofía se encontró ante la media docena de robots que la contemplaban malévolamente con su gran ojo amarillo punteado de múltiples y diminutas pupilas. El tipo metálico que estaba más cerca intentó trepar por la escalerilla. Sofía le puso el cañón de la pistola ante el gran ojo amarillo y grito. -¡Si da un paso más le salto los sesos.. o lo que tenga ahí dentro!

Claro que no esperaba ser comprendida por el monstruo, pero su ademán era sobradamente elocuente. El robot se detuvo. -¡Cuidado, señorita! -gritó el hombre del camión saltando a tierra y corriendo hacia los monstruos-. ¡No haga una barbaridad!

El "monstruo" levantó sus pinzas a la altura de la cabeza y tocó algún oculto resorte. Se escuchó un chasquido, y la esfera metálica se abrió en dos partes separándose del cilindro que formaba el cuerpo, ¡Y apareció una cabeza rubia, de un hombre joven que tenía pupilas azules y facciones agradables y aniñadas!

Sofía Medina lo reconoció al punto. -¡El mequetrefe! -exclamó. -¿Cómo está usted señorita Sofía? -preguntó Miguel Ángel.

El hombre que había saltado del camión llegó al pie de la escalerilla.

- Le presento al contraalmirante Zabata -dijo Miguel Ángel- Contraalmirante, he aquí a la Capitana Sofía Medina.

Todavía bajo la impresión de la sorpresa y el susto, Sofía Medina saludó a la estrella de cuatro puntas que el contraalmirante lucía en el frente de la gorra. -¿Cuantos hombres trae usted a bordo, Capitán? -preguntó Zabata.

- Dos -balbuceó y miró al "mequetrefe" deseando que la tierra le tragara por el susto que le había dado.

- Ordéneles que vayan a ayudar al conductor ¿Puedo pasar a bordo de su buque?

Sofía se apartó a un lado. El contraalmirante subió a bordo haciéndole seña para que le siguiera. La muchacha le acompañó hasta

la cámara de derrota.

- Cierre la puerta -ordenó Zabata. Y mirando en torno preguntó-: ¿Se encuentra su buque en condiciones de realizar un largo crucero?

- Creo que sí -repuso Sofía con sorpresa-. El aparato se conserva en buen estado, aunque es muy antiguo.

- Lo hemos escogido para esta misión por su pequeño tamaño -aseguró el contraalmirante mirando aquí y allá las esferas del cuadro de instrumentos-. Un crucero sería difícil de ocultar-. Se volvió de repente hacia ella y dijo-. Va usted a llevar hasta la superficie de Urano al capitán Aznar y a sus hombres ¿Ha comprendido? -¿Ha dicho… a Urano? -tartamudeó Sofía tragando saliva penosamente- ¿Al mismo Urano?

- Sí, al mismo Urano. Se trata de una misión especial, muy delicada, de la máxima importancia para el futuro de nuestra civilización.

Zabata se interrumpió un momento, dejando que sus palabras se abrieran paso en el aturdido cerebro de Sofía y luego prosiguió:

- Ha sido escogida usted entre tres millones de oficiales de la Armada con su mismo grado precisamente por sus cualidades de experto astronauta y su reconocido valor y sangre fría. El capitán Aznar que ha escogido uno por uno a todos los hombres que le acompañan la ha preferido a usted para mandar este buque. La misión es muy arriesgada, debo advertírselo. Se trata de una incursión de comandos que realizarán un intento desesperado por apoderarse de algún proyector de esos rayos de luz sólida que posee el enemigo. No se dejarán coger vivos, en caso de ser descubiertos. La misión de usted consiste en conducir al comando hasta el suelo de Urano, desembarcar y ocultar el buque esperando en él hasta que regresen los hombres. Esto, naturalmente, en el caso de que usted quiera aceptarla. -¿Puedo negarme, entonces? -pregunto Sofía.

- Sí, puede negarse. Tenga en cuenta que nuestros comandos no se dejarán coger prisioneros EN NINGUN CASO. Por lo tanto exigimos de los voluntarios hagan promesa de sacrificio de la vida si, por su mala suerte, fueran descubiertos por el enemigo.

- Por su mala suerte; eso está bien -murmuró Sofía- En cambio ya no lo está que una tenga que sacrificarse por la falta de capacidad de quien da órdenes. En suma, Contraalmirante. Con gusto me embarcaría en esta misión si su jefe fuera una persona más capaz que el Capitán Aznar. -¿Pues, qué tiene usted que decir del Capitán Aznar? -preguntó Zabata sorprendido- Es uno de los oficiales más brillantes de nuestra Armada, y procede de una familia en donde cada generación produce un héroe un mártir o un Papa.

- Yo no veo en el Capitán madera de ninguna de las tres cosas. Es un fatuo y un grosero. -¡Por Dios, señorita Medina! -exclamó Zabata-. Otras cosas podría quizá decir del Capitán Aznar pero no que sea

engreído ni un grosero. Su propio padre, nuestro "superalmirante" le ha educado en la rígida disciplina, moralidad y modestia que caracteriza a los Aznares de pura cepa.

- Pero ese mequetrefe… ¿es el hijo de nuestro Almirante Mayor? -exclamó Sofía, a punto de caer al suelo desmayada. -¡Cómo! ¿No lo sabía usted?

- Le vi una vez de pie tras la silla del Superalmirante, pero como no se le parece en nada lo tomé por un sobrino o pariente todavía más remoto.

- Pues es el hijo del Almirante Mayor -aseguró Zabata riendo de la turbación de la joven.

Y añadió-: ¡Bueno! Quizá ahora que lo sabe usted quiera tomar parte en esta acción. Es el ascenso seguro… si todo sale bien.

- No me interesa el ascenso -murmuró Sofía evocando el segundo encuentro con Miguel Ángel Aznar. Y sonriendo maliciosamente añadió: -Pero iré a Urano de todas formas.

Satisfecho del resultado de la entrevista, el contraalmirante abandonó la cabina para ocuparse de otros menesteres. Miguel Ángel Aznar entró en la cabina acompañado de un joven delgado y pálido al que presentó con el nombre de Adolfo Ferrer.

- El profesor Ferrer es un experto en electrónica y nos acompaña en calidad de consejero técnico… sólo para que no confundamos una lata de sardinas con un proyector de rayos sólidos.

- Encantada de conocerle -dijo la comandante del buque.

- El profesor -añadió Miguel Ángel- fue también quien diseñó nuestro disfraces de "hombre de titanio" Y a propósito de ellos ¿Qué impresión le causamos a usted? ¿Adivinó que dentro iban hombres humanos?

- No. Creí que eran auténticos extraterrestres invadiendo a Ganímedes. Me llevé un susto tremendo. Realmente es un disfraz muy bien hecho.

- No, no lo es tanto como parece a primera vista - murmuró Miguel Ángel- Si usted nos hubiera mirado los pies habría visto que no son como los de aquellos tipos. ¡Claro que Ferrer no tiene la culpa! La culpa la tiene nuestra conformación física, que no se adapta a esos malditos muñecos de titanio. En fin -suspiró- Recemos porque los bichos de titanio no se fijen tanto. Nuestro sabios aseguran que habrá mucha niebla en Urano…

Esto debía ser positivamente cierto si eran ciertos los informes de los observadores de la Armada Terrícola que espiaban los movimientos de los forasteros.

Según estos informes los extranjeros habían comenzado los trabajos encaminados a hacer de Urano un planeta habitable para la "humanidad" de titanio.

Urano era un globo en estado avanzado de enfriamiento. La costra de su suelo, delgada y calentada interiormente por las fuerzas volcánicas heredadas del sol encerradas en su núcleo, era lo bastante consistente para recibir los océanos que en breve se precipitarían al suelo desde la densa atmósfera de vapores que envolvía al planeta.

Este "en breve" significaba en realidad centenares de miles, quizá de millones de años.

Pero los extranjeros llegados al reino del Sol, con sus medios sin duda poderosos, se proponían abreviar el proceso de enfriamiento de Urano precipitando por su mano los océanos que eran condición indispensable para la habitabilidad del gigantesco planeta.

De hecho, en Urano existía ya un juego constante entre la superficie caliente del globo y las densas nubes cargadas de vapor de agua. Este vapor condensado en las capas frías de la atmósfera, caía en forma de gotas sobre la corteza caliente de Urano el cual las evaporaba al instante mandándolas de nuevo a la atmósfera.

Los hombres de titanio, al parecer, se proponían condensar de una vez ingentes cantidades de agua por un procedimiento de enfriamiento electrónico de la atmósfera. El proceso vendría a ser como una lucha emocionante entre los hombres de titanio, originando diluvios, y el colosal planeta evaporando rápidamente tanta agua como le mandaran de las nubes.

El hombre, probablemente, sería derrotado en las primeras batallas. El globo de Urano era inmenso, y las cantidades de agua a precipitar, realmente colosales. Pero el hombre astuto, aplicando todo su esfuerza en un solo punto, contaba con algunas probabilidades de vencer.

Todo consistía en llegar a formar un lago de regulares dimensiones en una depresión geográfica que le permitiera ensancharse. Si los seres inteligentes conseguían formar este lago y lo alimentaban con tesón impidiendo se secase, el lago se convertiría en mar, el mar en océano, y el titánico Urano ya no podría evaporar de una sola vez las fabulosas cantidades de toneladas de agua que refrigerarían su superficie.

El comando iba a llegar a Urano en un momento en que los extranjeros estaban condensando grandes cantidades de lluvia.

Por eso dijo Miguel Ángel que, afortunadamente, habría mucha niebla en Urano para encubrir sus movimientos y disimular los defectos de sus armaduras.

Respecto de las armaduras, éstas eran algo más que simples disfraces. El joven profesor Ferrer, recomendado por Miguel Ángel al contraalmirante Zabata, fue el encargado de hacer el diseño. Y no sólo hubo de cuidar los detalles exteriores, copiando de los miles de fotografías y kilómetros de "film" sacados a los "hombres" de titanio. Ferrer hubo de tener presente que estos trajes tendrían que ser llevados por hombres de la Tierra, precisamente en un planeta donde

la fuerza de gravedad les aplastaría fulminantemente si no llevaban protección adecuada.

El profesor Ferrer construyó las armaduras de "dedo na", metal que tenía la propiedad de crear por sí un campo de fuerza magnético cuando se le inducía eléctricamente. Puso dentro de la armadura una pequeña pila atómica que generaría la electricidad suficiente para dar ligereza al superpesado disfraz: -mucho más pesado todavía en Urano que en la Tierra- y todavía halló espacio para un depósito de oxígeno, un aparatito de radio y una alacena para una pistola.

Durante quince días, el comando había estado haciendo prácticas con estas incómodas armaduras en una región desértica de Ganímedes. La prueba había culminado en una marcha de seis kilómetros desde el campamento hasta el destructor sideral que ya estaba aguardándoles.

La expedición se hizo al espacio en seguida. Los dos hombres que habían venido tripulando el buque con Sofía Medina saltaron a tierra. Miguel Ángel se despidió del contraalmirante Zabata y del conductor del camión, un experto ingeniero que ayudó a Ferrer a corregir defectos de las armaduras y el destructor se elevó sobre el automóvil y los hombres que les saludaban con las manos.

Comenzaba la aventura; la gran aventura tantas veces soñada por Miguel Ángel cuando leía las proezas de sus ilustres antepasados en el libro "Viajes de los Aznar". ¿Se consignaría algún día esta aventura en aquel, libro? ¿O sólo se haría mención de pasada? "Miguel Ángel Aznar Schmidt, hijo del anterior. Desaparecido cuando intentaba apoderarse de los rayos de luz sólida de la de la humanidad de titanio"

Y la historia continuaría sin este Miguel Ángel Aznar. ¿O tal vez terminaría allí al mismo tiempo que la historia de la civilización terrícola?

CAPITULO OCTAVO

La capitana Sofía Medina era la única mujer del grupo. Miguel Ángel, el único oficial de los seis miembros masculinos. El profesor Ferrer era civil y no estaba, por tanto, sujeto a las ordenanzas militares. Los cuatro hombres restantes eran un sargento llamado Avila y tres astronautas escogidos entre las tropas de Operaciones Combinadas o Infantería del Aire.

Como el sargento y Miguel Ángel pertenecían a la Armada, podían ayudar a la señorita Sofía en la conducción del buque. Pero esta ayuda, por lo demás no era absolutamente precisa. Todos los navíos de la Armada Sideral Terrícola llevaban a bordo, además de la tripulación humana, otra que podría llamarse "robot" y estaba formada por una complicada red de "cerebros electrónicos". Incluso cuando los

hombres pilotaban los navíos, la mayor parte de los "robots" les servían de auxiliares tanto, para registrar el espacio en busca de aerolitos;, como para descubrir un posible enemigo y determinar su número, rumbo y distancia a que se encontraba.

Estos tripulantes invisibles, que jamás se cansaban ni equivocaban, eran tan formidablemente eficaces que un solo oficial podía llevar el aparato a cualquier parte sin más que expresar sus deseos ante un micrófono, sirviéndose de un número limitado de palabras, las cuales constituían una "clave" que el oficial debía conocer forzosamente so pena de verse desobedecido por los cerebros electrónicos.

La travesía del espacio desde Júpiter a Urano fue tan rápida que la señorita Medina apenas si tuvo tiempo para mejorar la mala impresión que había formado de Miguel Ángel al principio.

Y eso a pesar de ser el Miguel Ángel de ahora muy distinto del despreocupado y alegre que ella había conocido.

Este Miguel Ángel de ahora era un hombre silencioso, serio, preocupado... En realidad, el verdadero Miguel Ángel que todos conocían, no aquel con quien habló Sofía en el laboratorio de la Universidad precisamente cuando el joven salía escocido de la sátira y el desdén de la profesora Polonia Castillo. ¡Pol Castillo!

Miguel Ángel siguió pensando en ella. Entre sus preocupaciones y temores, la bella imagen de Pol Castillo se le aparecía displicente y altiva inaccesible y lejana como una diosa sobre un pedestal. Esta visión enardecía a Miguel Ángel, haciéndole desear el momento en que regresaría triunfante para arrojar a sus pies el botín tomado en su correría. El ciertamente, no era un científico. Pero le demostraría a ella que los científicos no eran por sí solos el cimiento donde descansaban la civilización y el progreso. El progreso, y en especial la civilización, debían su propia supervivencia a los hombres de acción que la defendieron en numerosas ocasiones. Le demostraría que de la misma forma que el hombre no vivía sólo de pan, la civilización no la hacían por sí solos los sabios inclinados sobre el microscopio en el banco de un laboratorio. El, que sólo era un soldado, proporcionaría al mundo el arma profundamente científica que los científicos de su raza no habían podido descubrir.

- "Será una buena lección" -se decía Miguel Ángel.

Y tanto deseaba ver llegado aquel momento que le parecían eternidades los breves días que duró el viaje.

Urano, lejana estrella apenas perceptible en el cielo de Ganímedes, se hinchaba monstruosamente a la vista de los expedicionarios. -¿Cómo nos las arreglaremos para llegar hasta la superficie de Urano? -preguntó el profesor Ferrer muy preocupado.

- Espere a que nos veamos allí y se lo diré -contestó la señorita Sofía.

Pero la capitana no tenía motivos para sentirse tan pesimista. Urano era un globo enorme y los extranjeros no debían tener una fuerza de combate muy numerosa. Además, estaban muy atareados en aquellos instantes produciendo nubes de frío dentro de la densa atmósfera de Urano. Los comandos sólo avistaron una patrulla de "omegas" que burlaron ágilmente, y luego un centenar de autoplanetas que estaban "anclados" en una órbita de satélite alrededor del planeta.

La señorita Medina se alejó de estos autoplanetas, yendo en busca del cono de la sombra proyectado por el mismo Urano. Esta precaución era casi obvia, porque el sol, distante 6.500 millones de kilómetros, no era más que una fulgurante estrella en las profundidades del espacio arrojando sobre Urano un raudal de luz que era cuatrocientas veces más débil que los torrentes de luz y color que mandaba sobre la Tierra.

Acercándose a Urano por el cono de sombra y haciendo funcionar las antenas que absorbían las ondas de radar, las probabilidades de alcanzar la envoltura gaseosa de Urano sin ser vistos eran razonablemente aceptables… a condición que la técnica de localización de los hombres de titanio no fuera superior a los medios terrícolas para neutralizarlos.

Como la distancia era factor importante para la eficacia de los dispositivos radiolocalizadores, el peligro más grande de ser descubiertos estaba en los últimos 300.000 kilómetros de recorrido. Esta distancia era precisamente la que el destructor tenía que cruzar más despacio, so pena de llegar a Urano con tanta velocidad que el casco del buque se volatilizaría al flotar violentamente con la atmósfera.

Tan grande era su temor de ser descubiertos que incluso se abstuvieron de poner en acción su propio sistema localizador de radar. El radar resultaba un arma de doble filo, cuando era utilizado por un buque que, queriendo pasar desapercibido, cometía la torpeza de intentar descubrir la presencia de aparatos enemigos. Las ondas que emitía el radar, captadas por los radiogoniómetros de vigilancia, podían señalar la presencia y situación del intruso con tanta certeza como si éste fuera emitiendo música de baile.

Los hombres de titanio tenían funcionando al menos dos grandes estaciones de radar. Al penetrar en la zona crítica una aguja del cuadro de instrumentos osciló violentamente.

- Ondas de radar -anunció la capitana Medina.

Miguel Ángel, que iba sentado a su lado, movió algunos mandos en el cuadro de instrumentos. El radiogoniómetro "robot" se puso a trabajar con eficacia y silencio proporcionando en unos segundos el resultado de sus cálculos.

- Doce mil kilómetros al sudeste de nuestra marcación cero -

murmuró Miguel Ángel-.

Sería interesante conocer si se trata de un autoplaneta o de una estación emplazada en suelo firme. -¿Qué importancia tiene? Para nosotros es igualmente peligrosa si está en el aire como en tierra firme -dijo la capitana.

- No estaba pensando ahora en el peligro, sino en lo que haremos cuando desembarquemos en Urano. ¿No podemos asaltar todo un autoplaneta, verdad? En cambio sería relativamente fácil penetrar al asalto en alguna instalación situada en el suelo firme de Urano.

Sofía Medina no contestó. Transcurrieron quince minutos. El destructor seguía aproximándose a Urano y perdiendo velocidad, "frenando" por medio de un campo de fuerza magnética. Miguel Ángel volvió a hacer funcionar el radiogoniómetro. -¡La estación emisora de radar no se ha movido! -exclamó-. Empiezo a creer que hemos tenido suerte y se trata, en efecto, de una instalación en suelo firme de Urano.

Esta esperanza fue mayor al hacer otra comprobación, y casi se convirtió en certeza en el transcurso de las dos horas siguientes.

Al descender sobre Urano, naturalmente, la emisora iba quedando más a la izquierda del destructor. Finalmente, cuando éste penetró en la densa atmósfera del planeta, la estación emisora quedó tras el horizonte y cesaron las pulsaciones de radar.

- Bueno -suspiró Miguel Ángel con alivio-. Las ondas del radar extranjero, como las nuestras, o no se curvan, o se curvan muy poco.

El destructor bajaba en la oscuridad a través de la atmósfera hacia la superficie de Urano. -¿Hemos de aterrizar ahora? -preguntó la capitana.

- Descienda a quinientos metros y aguántese allí. Volaremos hacia esa emisora hasta que sintamos sus ondas de radar.

La señorita Medina ejecutó estas órdenes. Guiándose por las indicaciones de los instrumentos hizo descender él aparato a quinientos metros de altura y puso en marcha el sistema propulsor. -¿Seguro que no hay peligro de chocar contra una montaña? -preguntó el profesor Ferrer. -¿En Urano? ¡Oh no! -exclamó la señorita Medina-. Urano es demasiado joven para tenerlas. Todavía está muy lejos el día en que, al enfriarse su núcleo, se contraerán los terrenos formando montañas. Y aun entonces, debido a su considerable fuerza de gravedad, no es probable que las montañas de Urano sean más altas que nuestros cerros de la Tierra.

- Pues si no hay montañas ni valles, ¿dónde vamos a ocultarnos?

- Montañas no habrá, pero gran número de grietas y agujeros tenga la seguridad que sí vamos a encontrarlos. -¿Estuvo usted aquí alguna vez antes de ahora? -preguntó Ferrer.

La señorita Medina sonrió.

- No, claro que no. Pero otros han estado y han escrito los libros de geofísica que es una de las asignaturas de nuestra carrera de astronáutica.

El profesor guardó silencio, un poco avergonzado de su ignorancia. Y, sin embargo, no tenía motivos para ello. La ciencia había ensanchado tan enormemente sus conocimientos que un hombre cualquiera para especializarse en una de sus ramas, tenía que dedicar todo su tiempo a esta rama ignorando todas las demás.

El destructor voló cuatro horas en la impenetrable oscuridad de la noche de Urano y se detuvo casi en seco, cuando el sargento Ávila anunció: -¡Ondas de radar!

- Aquí estamos bien -dijo Miguel Ángel-. Esperaremos que se haga de día y entonces buscaremos un lugar a propósito donde ocultar el buque.

La señorita Medina hizo descender el aparato hasta rozar el suelo.

Una suave luz lechosa, comparable a la que en la Tierra precedía al orto del Sol, se difundía en el neblinoso espacio de Urano cuando Miguel Ángel exclamó: -¡Bueno, ya es de día! Podemos empezar a buscar un sitio donde esconder el buque.

Sofía Medina puso en marcha el sistema propulsor. Adolfo Ferrer contempló, impresionado, el extraño paisaje a través de la pantalla de televisión. Allí, un desierto de lava petrificada se extendía plagada de múltiples arrugas a los sorprendidos ojos del terrícola. Profundas grietas de las que salían vaharadas sulfurosas, cráteres y depresiones formadas por las últimas burbujas al enfriarse, era todo cuanto alcanzaba la vista. Y todo esto a través de nubes de vapor, en la semipenumbra de un amanecer gris, velado por las negras y amenazadoras nubes que cubrían el cielo.

El destructor, bajo las expertas manos de la señorita Medina, sobrevoló este paisaje dantesco. Allí enfrente, una grieta espantosa, de un kilómetro de anchura, abría la corteza de Urano como una herida gigantesca. Llamas y nubes de humo brotaban de esta horrenda zanja.

De vez en cuando, formidables moles de lava petrificada se agrietaban, se desmoronaban y caían de los bordes al abismo infernal.
- ¡Dios mío! ¿Y en este espantoso mundo se proponen habitar esas criaturas de titanio? -exclamó Ferrer.

- También la Tierra fue así en un lejano pasado -contestó Miguel Ángel -. Puede que nuestros amigos lo conviertan en un Edén… y puede que sólo lo utilicen para prepararse antes de lanzarse a la conquista de nuestros planetas. Señorita Medina -añadió-. Observe que esa zanja lleva la dirección que nosotros deseamos tomar. Puede que mida centenares y aun miles de kilómetros de longitud. Vamos a meternos en ella y la seguiremos.

La señorita Medina suspendió su buque sobre la espantosa herida

telúrica y luego lo hizo descender hasta que los bordes del abismo quedaron por encima de sus cabezas. Las paredes de las grietas quedaban a más de 500 metros por cada lado del buque. Abajo hervían metales líquidos al rojo blanco. Densas nubes de humo envolvían al buque.

- Si avanzamos por aquí vamos a tardar mucho en llegar a la estación de radar -advirtió Sofía.

A lo que Miguel Ángel contestó:

- No importa, no tenemos prisa. Quiero que el buque quede lo más cerca posible del punto donde hayamos de realizar el desembarco.

El destructor avanzó lentamente por la enorme grieta. Esta no era rectilínea, sino que zigzagueaba a derecha e izquierda. Como no querían utilizar el radar, la conducción tenía que hacerse a mano, lo cual fatigaba enormemente a los pilotos.

El buque navegó durante todo el día y se detuvo cuando la difusa claridad diurna se trocó en oscuridad completa. Habían recorrido mil doscientos kilómetros de zanja y se encontraban a unos seiscientos de la estación localizadora de radar, según pudieron deducir de las cambiantes marcaciones del radiogoniómetro.

Al hacerse de nuevo la luz del día reanudaron la marcha recorriendo otros trescientos kilómetros. Entonces se detuvieron. La grieta mediría quizá otros dos mil kilómetros de longitud, pero a los terrícolas ya no podía prestarles ninguna utilidad. En adelante se alejaba de la estación localizadora de radar, distante cuatrocientos kilómetros de aquel punto.

Miguel Ángel Aznar ordenó preparar los aerobotes.

- Vamos a separarnos, señorita Medina -dijo el jefe del comando-. Haremos el resto del camino en bote. -¿Cuándo volverán?

- Lo ignoro. Si hay suerte podemos estar de regreso mañana mismo. Pero puede que tengamos que esperar uno o dos días, quizás más, hasta que se ofrezca la ocasión oportuna.

Todos los días al anochecer comunicaremos por radio. Sólo unas palabras para que usted sepa que estamos vivos y debe esperar. Puede, no obstante, que no podamos comunicar por alguna causa. Entonces esperará tres noches más. Si no damos señales de vida en este tiempo deberá entender que hemos muerto y emprenderá el regreso a Ganímedes. -¿Y si me descubrieran a mí? -preguntó la muchacha.

- Ya lo sabe, volará el buque -Miguel Ángel la miró gravemente y añadió-: Espero que no tenga necesidad de hacerlo. Sentiría… -¿No tener buque para regresar a la Tierra?

- Naturalmente que lo sentiría. Pero no estaba pensando en eso. Sólo pensaba que sentiría mucho no poder verla de nuevo… con su naricilla respingona, sus pecas y sus ojos… que me miran furiosos, como ahora -contestó Miguel Ángel muy serio.

Esta gravedad del joven apagó como el agua la súbita furia de Sofía…

- Bueno, también yo sentiría no verle por aquí con su cara bobalicona y sus cabellos de estopa. ¿A quién se le ocurre ser rubio llamándose Aznar? -repuso.

- Mi madre es rubia… y tiene los mismos ojos azules de usted -dijo Miguel Ángel-. Se la presentaré algún día cuando… cuando regresemos. -¿De veras lo haría usted? -exclamó Sofía, que era ferviente admiradora del "superalmirante" Aznar. -¡Claro! ¿Por qué no? Somos camaradas, ¿no es cierto?

Sofía Medina se quedó un momento mirando aquel rostro juvenil y agradable. De pronto, tendiéndole la mano exclamó: -¡Vaya si lo somos! Buena suerte, camarada.

Y Miguel Ángel tuvo la percepción de estar estrechando una mano realmente amiga.

- Capitán -anunció el sargento-, las armaduras y el equipo ya están en los botes.

- Hasta pronto, señorita Medina -dijo Miguel Ángel-. El corazón me dice que todo saldrá bien.

Miguel Ángel, Ferrer y un soldado llamado Baker se introdujeron en una de las pequeñas embarcaciones. El sargento Avila y los dos soldados restantes ocuparon el segundo aerobote.

Las dos navecillas fueron expulsadas simultáneamente de sus respectivas celdas y se encontraron flotando en el aire.

A través de la pantalla de televisión, a bordo del buque, la capitana Sofía Medina las vio elevarse por encima del borde de la grieta y desaparecer.

***

Dos días llevaban los comandos apostados en las inmediaciones del campamento sadrita, y seguían sin entrever las posibilidades de apoderarse de uno de aquellos misteriosos proyectores de "luz sólida".

Sí, las ondas de radar extraterrestres los habían conducido hasta un campamento de los hombres de titanio. Este campamento consistía de medio centenar de grandes barracones hechos de un metal ligero y resistente, el mismo metal del que, según Ferrer, están construidas las armaduras de los seres de titanio.

Los barracones estaban dispuestos en círculo alrededor de una gran cúpula que tenía en lo alto una batería de pantallas parabólicas. Miguel Ángel creía que aquella cúpula, de donde salían las ondas de radar, era una simple estación meteorológica y, que el radar en cuestión no perseguía más objeto que seguir la formación de las nubes de la lluvia.

En cuanto a los barracones, éstos podían ser alojamientos para personas o laboratorios donde las criaturas estudiaban las condiciones de habitabilidad de Urano como creía el profesor Ferrer.

Al cabo de estos dos días de espionaje las encendidas esperanzas del comando habían descendido a bajo cero. Ningún aparato "omega" se dejó ver en todo este tiempo. Tampoco se veían baterías antiaéreas de ninguna clase. Los grotescos muñecos metálicos que iban de un lado a otro, no llevaban armas. ¿Cómo apoderarse de uno de aquellos proyectores de "luz sólida"?

Mientras los terrícolas estaban espiando, una gran plataforma volante bajó de las nubes y descargó un montón de cajas.

Había algunas pilas de estas cajas esparcidas aquí y allá, y en ellas depositó Miguel Ángel las pocas esperanzas que le quedaban.

- Los "omega" no vendrán por aquí -farfulló una noche, después de radiar al destructor su lacónico "todo bien"-. Y si baja alguno, será para volverse a marchar en seguida. Tendremos que acercarnos a esas pilas de cajas y ver lo que tienen dentro. -¿Espera usted encontrar proyectores de luz sólida dentro de alguna de ellas? -preguntó Ferrer, desanimado.

Y Miguel Ángel contestó: -¿Quién sabe? "Ellos" deben conocer también la técnica de empequeñecer objetos. Si es así, cabe en lo posible que lleven en esas cajas proyectores de luz sólida reducidos de tamaño.

- Es una posibilidad muy remota -farfulló Ferrer.

- Ya lo sé, pero es una posibilidad y debemos apurarla.

- Bien ¿Y cómo nos acercamos a esas pilas de cajas?

- De noche, utilizando las linternas de rayos infrarrojos.

- Eso es muy peligroso. El profesor Castillo dice que es posible que esas criaturas de titanio vean también los rayos infrarrojos.

- Sí, lo sé. Sin embargo no está demostrado que puedan verla. Además, ¿qué tienen que hacer estos hombres fuera de sus barracones en plena oscuridad? Hay una probabilidad entre mil de que alguien salga a dar un paseo.

- Usted no piensa en los centinelas. - ¿Qué centinelas? ¿Para qué van a poner centinelas si no saben que estamos aquí, ni nos esperan?

- Bien, bien. Usted es el jefe de este comando ¿no? Pues salgamos ahora mismo, si usted quiere -contestó Adolfo Ferrer.

Miguel Ángel, miró al profesor. Dudaba. ¿Y si los seres de titanio habían puesto centinelas, después de todo? ¿Y si veían los rayos infrarrojos de las linternas, invisibles para el ojo humano sin anteojos especiales?

Su impaciencia podía echarlo todo a perder. Pero de otro lado, ¿cómo apoderarse de un aparato "Omega", si éstos estaban patrullando el espacio y jamás venían por aquí?

- Miren -dijo con súbito arrebato-. Vamos a salir y sea lo que Dios quiera.

Los aerobotes estaban escondidos en el fondo de Una fisura. Un hilo telefónico unía los dos aparatos porque Miguel Ángel recelaba del aire y temía que los extranjeros captaran sus ondas de radio.

- Sargento Avila -dijo Miguel Ángel por teléfono-. El profesor Baker y yo vamos a salir.

Ustedes quédense a la escucha de la radio por si necesitáramos que vinieran a recogernos.

Los tres comandos se embutieron en sus armaduras. Antes de calarse las escafandras se pusieron los anteojos especiales para ver la luz infrarroja.

Metidos en sus férreas armaduras, inhalando oxigenó de sus depósitos, con los auriculares sobre los oídos y los anteojos especiales colocados, los comandos apagaron las luces de a bordo, encendieron las linternas de rayos infrarrojos y se lanzaron al exterior.

A través de los anteojos, los terrícolas veían el haz infrarrojo de sus linternas como si fuera luz blanca corriente. Pero cualquier otro que se encontrara a su lado sin anteojos no vería el más leve rayo de luz en la impenetrable oscuridad.

El comando echó a andar en fila hacia el campamento de las criaturas de titanio. Aunque no sentían la fuerza de gravedad ni el peso de las armaduras, éstas entorpecían enormemente sus movimientos, sobre todo en el juego de las piernas con las caderas.

Tardaron media hora en recorrer el kilómetro que les separaba del campamento sadrita. La fachada trasera de los barracones y la primera pila de pequeñas cajas aparecieron ante el foco de la linterna de Miguel Ángel. La pirámide centelleaba bajo la luz de las linternas. Eran cajas de cristal.

Miguel Ángel hizo señas al profesor para que se acercara y le señaló con el haz de la linterna una de las cajas. Esta no era más grande que una caja de zapatos. Dentro, a través del cristal, se veía una grúa en miniatura. Parecía de juguete, pero los terrícolas sabían que era auténtica. Una grúa construida de tamaño natural y reducida luego a miniatura por un proceso científico que eliminaba gran parte de los espacios vacíos existentes entre los átomos constitutivos de la materia. En alguna parte, no lejos debía haber una sirena ultrasónica que mantenía en estado comprimido aquellas máquinas en miniatura. Debía haber varios miles en aquel montón. Miguel Ángel, dio la vuelta a la pirámide enfocando aquí y allá su linterna y examinando el contenido de las cajas de cristal. Ninguna tenía nada que se pareciera a un proyector.

- Veamos en otro montón -murmuró.

Y pasó a la pirámide contigua empezando también a darle la vuelta,

alumbrando aquí y allá con la linterna. Frecuentemente el contenido de las cajas le hacía sobresaltar, creyendo entrever la forma de algún proyector. Entonces se detenía, se desilusionaba y proseguía la inspección, refunfuñando y maldiciendo. - ¡Habrase visto mala suerte! Ya puede uno pedir cosas, pues aquí hay de todo ¿Pero proyectores? ¡Quía!

Cuando llevaba descrito medio círculo alrededor del segundo montón, sé tropezó con uno de sus compañeros que venía dando la vuelta por el otro lado. El muñeco metálico se detuvo y le miró con su gran ojo amarillo. -¿Ha encontrado algo que pueda ser un proyector, Ferrer? -preguntó Miguel Ángel dirigiendo el haz de la linterna al suelo para no deslumbrar al ingeniero.

- No, nada -contestó la voz de Ferrer en los auriculares.

De pronto el haz de la linterna cayó sobre los pies de su compañero. Eran unos pies anchos, delgados, partidos en forma de bisagra. ¡No eran humanos!

El joven sintió helársele la sangre en las venas. Todo fue muy rápido a partir de este momento. Apuntó con la linterna al ojo amarillo y gritó por la radio: -¡Pronto, Ferrer! ¡Estoy delante de un sadrita DE VERDAD! -¿Cómo? -chilló Ferrer.

Pero Miguel Ángel no pudo repetir lo dicho. El monigote llevó la mano a su costado. En este acababa de abrirse una pequeña alacena. Y empuñó una pistola con las pinzas metálicas.

Miguel Ángel no lo pensó. Gritó: -¡A mí, amigos!

Y disparó su falsa mano de metal contra el ojo del monstruo. El sadrita retrocedió, tropezó y cayó de espaldas. La falsa mano de Miguel Ángel se rompió y se separó del brazo, apareciendo la verdadera mano terrícola enfundada en guante de cristal.

El sadrita, de espaldas al suelo, le apuntó con la pistola. Miguel Ángel saltó de costado a tiempo de esquivar un rayo amarillo, muy delgado, que salió de la pistola y pasó a menos de un centímetro de su escafandra.

Por el impulso que llevaba el joven cayó sobre el monstruo gritando: - ¡Socorro! ¡A mí, Baker… Ferrer! ¡Auxilio!

Con su mano liberada de la falsa pinza Miguel Ángel, se agarró a la auténtica del muñeco que empuñaba la pistola. Aquel monstruo tenía una fuerza tremenda. Zarandeó al terrícola como si fuera de paja. Con la pinza libre le asestó un golpe terrible sobre la escafandra. Pero Miguel Ángel no le soltó. ¡No le soltaría ni aún después de muerto! -¡Aguante, capitán! -oyó gritar a Baker por los auriculares. -¡Pronto… esto es… un terremoto! -chilló Miguel Ángel con angustia, asido como un perro de presa al brazo de su enemigo, sacudido por éste como una hoja.

Baker y Ferrer llegaron y se abalanzaron sobre la criatura de

titanio. Esta pareció enfurecerse todavía más. Tenía la fuerza de un titán. Con la mano armada descargó un tremendo golpe contra la "cara" del soldado Baker.

El cristal del falso ojo de Baker saltó en añicos y el valiente muchacho perdió por el agujero el oxígeno contenido a presión en su escafandra. Pero el monstruo perdió su pistola. El arma cayó a los pies de Miguel Ángel.

Todo lo veloz que la armadura le permitía, Miguel Ángel se abalanzó sobre el arma y la cogió. ¡No pudo levantarla del primer tirón!

Porque la pistola, que en la Tierra no pesaría quizá 300 gramos, pesaba en Urano alrededor de 20 kilogramos.

El monstruo saltó en pie. Baker, que moría asfixiado, se abrazó desesperadamente a una pierna del robot. Ferrer cogió la otra. Pero el sadrita, arrastrando a los dos hombres al andar, se encaminó hacia Miguel Ángel. -¡Maldita sea! -rugió el joven.

Y de un tirón levantó la superpesada pistola con ambas manos. Al cogerla, sin saber cómo, la pistola se disparó. Un rayo de luz, delgado y brillante, salió del cañón y atravesó de parte a parte la cabeza del muñeco. El sadrita cayó de bruces, fulminado por el rayo. -¡Pronto Ferrer! ¡Coja esa linterna y vámonos! -gritó Miguel Ángel. -¿Y Baker?

- Está muerto -anunció. Y mirando a Ferrer preguntó-: ¿Servirá esta pistola para estudiar los rayos de luz sólida?

- Sí, ¿por qué no?

- Pues huyamos, alguien puede llegar de un momento a otro. En cuanto descubran el cadáver de Baker y al muñeco lo comprenderán todo.

Los dos hombres echaron a andar todo lo aprisa que sus armaduras les permitían. Cuando se habían alejado un centenar de metros del campamento Miguel Ángel se volvió y vio con espanto que algunas linternas se movían entre los barracones. -¡Lo han descubierto todo! -exclamó-. Si encuentran nuestra pista nos alcanzarán antes que podamos llegar a los aerobotes.

En este momento sonó en los auriculares la voz del sargento Avila, el cual estaba escuchando desde su aerobote. -¡Capitán! ¿Quiere que salgamos a su encuentro con el bote?

Miguel Ángel miró atrás. Un círculo de linternas eléctricas se ensanchaba alrededor de los barracones. ¡Les estaban buscando!

- Sí, venga usted enseguida, ¡por el amor de Dios! Venga y ametralle el campamento. -¡Allá vamos!

Miguel Ángel y el profesor Ferrer siguieron huyendo. Sudaban a chorros dentro de las armaduras. Miraban con angustia en la dirección que debía llegar el aerobote.

De pronto taladró las tinieblas del cielo el pestañeo de un cañón

ametralladora. El aerobote picaba sobre el campamento. Sus proyectiles chisporrotearon en el aire, mientras se convertían en monstruosos torpedos aéreos de seis metros de longitud.

Los torpedos, lanzando largos penachos de llamas, se abalanzaron como rayos sobre el campamento. Hubo un fogonazo deslumbrador…

El suelo tembló violentamente bajo los pies de los terrícolas. Una fortísima corriente de aire les lanzó de bruces en el fondo de una antigua burbuja petrificada. Una luz fortísima, enceguecedora, restalló durante un minuto obligándoles a cerrar los ojos. - ¡Mire, capitán Aznar… mire! -gritó la voz del sargento en los auriculares.

Miguel Ángel abrió los ojos. Había cesado el estallido j de las explosiones atómicas. Pero ahora una luz brillante, azul, fantástica, chisporroteaba silenciosamente.

El profesor Ferrer y Miguel Ángel Aznar se pusieron lentamente en pie. El campamento enemigo era una montaña azul chisporroteante. Una montaña que crujía y aumentaba de tamaño. ¡Los miles de máquinas en miniatura contenidas en las cajas de cristal se metamorfoseaban a la vez recobrando su tamaño y estado primitivos! Los torpedos debían haber paralizado las sirenas ultrasónicas. ¡Y todo el campamento; barracones, estación meteorológica y muñecos habían desaparecido aplastados por la súbita y simultánea liberación de las docenas de miles de máquinas allí almacenadas!

Dos minutos más tarde, el profesor Ferrer y Miguel Ángel Aznar, se encontraban a bordo del aerobote del sargento Avila. - ¡Buena faena le jugamos a los pulpos! -rió el sargento.

- Sí, muy buena -contestó Miguel Ángel- Y ahora, a reunimos con la señorita Medina enseguida. Creemos tener lo que buscábamos. Un poco más de suerte y…

El aerobote volaba en la oscuridad en busca del viejo destructor de la Armada Sideral Terrícola.

F I N